



BIBLIOTECA TEOLÓGICA VIDA

5

EL HIJO
Pródigo

LUCAS 15 A TRAVÉS DE LA MIRADA DE CAMPESINOS DE ORIENTE PRÓXIMO

Kenneth Bailey

LUCAS 15

A TRAVÉS DE LA MIRADA DE CAMPESINOS DE ORIENTE PRÓXIMO

El hijo pródigo, una de las parábolas más emotivas de Jesús, se ha escrito mucho a lo largo de los siglos. En este libro, Kenneth Bailey vuelve a narrar esta historia tan familiar, y lo hace a la luz de su larga experiencia como misionero y profesor de Biblia entre los campesinos de Oriente Próximo. Bailey conoce cómo es la vida en los pueblos de aquella zona, por lo que su comprensión de la parábola del hijo pródigo arroja mucha luz sobre el significado verdadero de esta parábola de Jesús.

Al tener un mejor conocimiento del contexto histórico y cultural de esta parábola el lector tendrá una mejor comprensión de la Gracia del Padre, que corre emocionado a abrazar a los hijos que deciden regresar a casa.

No más culpa, no más dolor, no más vergüenza. Cuando vuelven a la familia, el Padre restaura a sus hijos devolviéndoles su posición y todo lo que habían perdido.

En 2006 la revista *Preaching* le otorgó el premio al «Mejor libro del año para predicadores».

Kenneth E. Bailey vivió y enseñó Biblia durante 60 años en Egipto, Líbano, Chipre y Jerusalén. Ha escrito varios libros usando su conocimiento de Oriente Próximo para aportar una mejor comprensión del texto bíblico, entre los cuales está *Las parábolas de Lucas: un acercamiento literario a través de la mirada de los campesinos*, también publicado en esta colección.

Diseño de cubierta por: Pablo Snyder



5

EL HIJO

Pródigo

LUCAS 15 A TRAVÉS DE LA MIRADA DE CAMPESINOS DE ORIENTE PRÓXIMO

Kenneth Bailey



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique a Jesucristo y promueva principios bíblicos.

EL HIJO PRÓDIGO

Lucas 15 a través de la mirada de campesinos de Oriente Próximo

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2009
Miami, Florida

©2009 por Editorial Vida

Originally published in the USA under the title:

The Cross & the Prodigal

Luke 15 through the eyes of Middle Eastern Peasants

por IntersVarsity Press

Copyright © 2005 por Kenneth E. Bailey

Published by permission of Inter Varsity Press, Downers Grove, Illinois

Traducción: *Marga Llavador*

Edición: *Anabel Fernández Ortiz y Juan Carlos Martín Cobano*

Diseño interior: *José Luis López González*

Diseño de Cubierta: *Pablo Snyder*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO,
EL TEXTO BÍBLICO SE TOMO DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL.

© 1999 POR SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-0-8297-5389-9

CATEGORÍA: *Estudios bíblicos / General*

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12 ♦ 6 5 4 3 2 1



«El Dr. Kenneth Bailey, al haber pasado la mejor parte de su vida en Oriente Próximo, nos abre la puerta a una perspectiva única de las parábolas y las enseñanzas de nuestro Señor Jesús. A medida que va presentando al hijo pródigo, demuestra que no hay perdón que no represente un gran coste a quien perdona. Esta edición revisada es una maravillosa actualización y ampliación de un libro que ya era excelente. Estoy encantado de recomendarlo».

Reverendísimo John W. Howe, D.D., Obispo de la diócesis de Florida Central de la Iglesia Episcopal.

«*El hijo pródigo* es un pequeño libro que cambió las mentes de los estudiosos del evangelio de todo el mundo. En su edición original (1973), Bailey no solo se consagró como intérprete del Nuevo Testamento, también proyectó un enfoque totalmente único a los evangelios. Sus más de sesenta años de vida en Oriente Próximo (desde Egipto hasta Irak) le dejaron un legado de conocimiento y discernimiento de la vida campesina; de fluidez en el árabe; de capacidad para trabajar en sirio, copto y arameo; así como un conocimiento íntimo de la literatura rabínica. Ahora aplica todas estas aptitudes a las tres parábolas de Lucas 15 para así abrimos la puerta de los estudios próximo-orientales del Nuevo Testamento. Hoy, el legado de Bailey es también el de eruditos como Joachim Jeremias: grandes intérpretes de parábolas cuyo trabajo representa un antes y un después para el resto de nosotros».

Doctor Gary M. Burge, profesor de Nuevo Testamento en el Wheaton College and Graduate School.

«Este libro es para quienes deseamos conocer lo que Jesús decía a la gente entonces y así saber lo que la Biblia nos dice a nosotros ahora. La obra de Ken Bailey nos nutre espiritual y teológicamente. ¡Encantará a quienes les gusta dejarse sorprender!»

Doctora Rev. Marian McClure, directora de Worldwide Ministries de la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.).

«Los estudios del Nuevo Testamento en bien pocas ocasiones conjugan la pericia histórica del erudito con la imaginación poética del narrador. En *El hijo pródigo* de Ken Bailey convergen el profesor y el dramaturgo. En la primera sección del libro, la familiaridad única del autor con la literatura cristiana procedente de Oriente Próximo, unida a su íntimo conocimiento de la vida en los pueblos de esa región, resultan en una explicación fascinante de la parábola del hijo pródigo. Su explicación no emerge como el relato sentimental del peregrinaje de un pecador arrepentido, sino como el retrato de Dios Padre dispuesto a pagar lo que sea por recuperar a sus dos hijos perdidos; retrato contrario a todas las expectativas asociadas a un patriarca. La segunda sección del libro es una obra de teatro en cuatro actos que pone sobre el escenario esta interpretación de la parábola.¹ De esta manera, la exégesis se transforma y recupera su medio original, el relato».

Ulrich Mauser, Otto A. Piper profesor de Teología Bíblica.

«En *El hijo pródigo*, Kenneth Bailey utiliza su íntima y peculiar familiaridad con la cultura campesina de Oriente Próximo para iluminar tres preciadas parábolas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido. Bailey cree acertadamente que las comunidades cristianas estrechamente vinculadas al mundo bíblico tienen mucho que enseñarnos sobre el trasfondo cultural de la narrativa bíblica. Esta obra clásica, revisada de nuevo, proporciona renovadas perspectivas a la comprensión del amor de Dios Padre y vemos cómo la compasión de la cruz ya está presente en el ministerio de enseñanza de Jesucristo».

Philip Graham Ryken, Senior Minister, Décima Iglesia Presbiteriana, Philadelphia.

1. N.E. En la edición en español de este libro hemos excluido dicha obra de teatro, con permiso del autor.

*Dedicado a Ustaz Nageeb Ibraheem
en cuyo corazón brilla la luz que la noche no puede apagar,
la luz cuya vida me ha guiado entre tanta oscuridad*

CONTENIDO

Presentación de la «Biblioteca Teológica Vida»	8
Introducción a la segunda edición	15
Prefacio	22
COMENTARIO DE LUCAS 15	29
1. Alégrense conmigo: Lucas 15:1-10	33
2. Desear la muerte: Lucas 15:11-12	47
3. Un plan para salir airoso: Lucas 15:13-19	59
4. Un cara a cara explosivo: Lucas 15:20-24	75
5. El clímax que faltaba: Lucas 15:25-32	89
Bibliografía en castellano	106
Bibliografía en inglés	108

Presentación de la «Biblioteca Teológica Vida»

Cualquier estudiante de la Biblia sabe que, hoy en día, la literatura cristiana evangélica en lengua castellana aún tiene muchos huecos que cubrir. En consecuencia, el mundo de habla hispana muchas veces no cuenta con las herramientas necesarias para tratar el texto bíblico, para conocer el contexto teológico de la Biblia, y para reflexionar sobre cómo aplicar todo lo anterior en el transcurrir de la vida cristiana.

Esta convicción fue el principio de un sueño. La «Biblioteca Teológica Vida» es una serie de estudios bíblicos y teológicos dirigida a pastores, líderes de iglesia, profesores y estudiantes de seminarios e institutos bíblicos, y creyentes en general, interesados en el estudio serio de la Biblia. Antes de publicar esta serie de libros con la editorial Vida, este mismo equipo de traductores preparó los 28 libros de la «Colección Teológica Contemporánea», publicada por la editorial Clie.

Necesitamos más y mejores libros para formar a nuestros estudiantes, líderes de iglesia y pastores para sus ministerios. Y no solo en el campo bíblico y teológico, sino también en el práctico —si es que se puede distinguir entre lo teológico y lo práctico— pues nuestra experiencia nos dice que, por práctica que sea una teología, no aportará ningún beneficio a la iglesia si no es una teología correcta.

En esta «Biblioteca Teológica Vida», el lector encontrará una variedad de autores y tradiciones evangélicos. Todos los autores elegidos son de una seriedad rigurosa y tratan los diferentes temas de forma profunda y comprometida.

Esperamos que estos libros sean una aportación muy positiva para el mundo de habla hispana, tal como lo han sido para el mundo anglófono y que, como consecuencia, los cristianos —bien formados en Biblia y en Teología— impactemos al mundo con el fin de que Dios, y solo Dios, reciba toda la gloria.

Dr. Matt Williams

Editor de la «Biblioteca Teológica Vida»

y de la «Colección Teológica Contemporánea» (editorial Clie)

Profesor en Talbot School of Theology (Los Ángeles, CA., EEUU)

y en IBSTE (Barcelona)

Lista de Títulos, D.M.

Comentarios del Nuevo Testamento:

Douglas J. Moo, *Comentario de la Epístola de Santiago* (Biblioteca Teológica Vida, Volumen 2, 2009). El objetivo principal de Santiago es la integridad espiritual: hacer una reflexión teológica sobre la vida, pero, a la vez, motivar un estilo de vida de santidad y de obediencia, completamente centrado en Dios, y no en el mundo. Este comentario nos ofrece el contexto histórico, que va seguido del comentario propiamente dicho, donde versículo tras versículo vamos descubriendo cuál fue el mensaje de Santiago, tanto para los lectores originales como para la iglesia de hoy. El autor ha logrado una combinación ideal de exégesis rigurosa y exposición, y acercamiento homilético y devocional. A través de ello nos transmite de forma muy clara cómo aplicar esta epístola a la vida cristiana actual.

Douglas J. Moo es profesor de Nuevo Testamento en Wheaton Graduate School, después de haber enseñado durante más de veinte años en Trinity Evangelical Divinity School, y autor de *Comentario de la Epístola a los Romanos: del texto bíblico a una aplicación contemporánea*, publicado en esta misma colección.

Comentarios Bíblicos con aplicación: Serie NVI:

La mayoría de los comentarios bíblicos solo son un viaje de ida: nos llevan del siglo veintiuno al siglo primero. Pero nos dejan allí, dando por sentado que de algún modo sabremos regresar por nosotros mismos. Dicho de otro modo, se centran en el significado original del pasaje, pero no se adentran en su aplicación a la vida contemporánea. La información que ofrecen es muy valiosa, pero resulta tan solo una ayuda a medias. Los *Comentarios Bíblicos con aplicación: Serie NVI* [The NIV Application Commentary Series] nos ayudan con las dos partes de la tarea interpretativa, es decir, también nos ayudan a aplicar un mensaje de otra época a nuestro contexto actual. No solo nos explican lo que significó para los lectores originales, sino que nos demuestra que también hay un mensaje poderoso para la iglesia

de hoy. Para lograrlo, analiza cada pasaje en tres partes: 1) Sentido original, 2) Construyendo puentes, 3) Significado contemporáneo. O sea, esta serie de comentarios comenta el texto en primer lugar. En segundo lugar, explora cuestiones concretas, tanto en el contexto del autor original como en el nuestro, para ayudarnos a entender el sentido completo de cada texto. Y, por último, sugiere cómo entender y cómo vivir hoy la teología que encontramos en aquel libro.

- Klyne Snodgrass, *Comentario de Efesios: del texto bíblico a una aplicación contemporánea* (Biblioteca Teológica Vida, Volumen 4, 2009). El Dr. Snodgrass es profesor de Nuevo Testamento en North Park Theological Seminary, Chicago, Illinois.

- Douglas J. Moo, *Comentario de Romanos: del texto bíblico a una aplicación contemporánea*. El Dr. Moo es profesor de Nuevo Testamento en Wheaton Graduate School, después de haber enseñado durante más de veinte años en Trinity Evangelical Divinity School, y autor de *Comentario de la Epístola de Santiago*, publicado en esta misma serie.

- David E. Garland, *Comentario de Colosenses: del texto bíblico a una aplicación contemporánea*. El Dr. Garland es profesor de Nuevo Testamento en Truett Theological Seminary, Waco, Texas, y autor de numerosos comentarios.

- Darrell L. Bock, *Comentario de Lucas: del texto bíblico a una aplicación contemporánea*. El Dr. Bock es profesor de Nuevo Testamento en Dallas Theological Seminary, Dallas, Texas.

Obras bíblicas, teológicas y ministeriales:

Lee Strobel, *El caso del Jesús verdadero: un periodista investiga los ataques más recientes contra la identidad de Cristo* (Biblioteca Teológica Vida, Volumen 3, 2008). La figura de Jesús se ha convertido en el blanco de una guerra intelectual, y recibe continuos ataques desde diferentes flancos: las aulas de las universidades, los *bestsellers*, Internet. Estos violentos ataques contra el retrato tradicional de Cristo han confundido a muchas personas con inquietudes espirituales y han sembrado la duda entre muchos cristianos. Pero, ¿qué

ocurre si sometemos todas estas afirmaciones radicales y estas teorías revisionistas a un examen detallado?

En *El caso del Jesús verdadero*, el galardonado editor legal Strobel indaga cuestiones tan polémicas como: • ¿Escondió la iglesia documentos antiguos extra-bíblicos que ofrecían un retrato de Jesús más aproximado que el de los cuatro Evangelios? • ¿Distorsionó la iglesia la verdad sobre Jesús, manipulando los textos antiguos del Nuevo Testamento? • ¿Es cierto que las nuevas explicaciones y descubrimientos desmienten la resurrección? • ¿Son ciertos los nuevos argumentos que dicen que Jesús no es el Mesías? • ¿Adquirió el cristianismo sus ideas básicas de la mitología? Evalúa los argumentos y las evidencias que han presentado ateos prominentes, teólogos liberales, académicos musulmanes y otros. Examínalos cuidadosamente, y luego emite tu propio veredicto sobre *El caso del Jesús verdadero*.



Gordon D. Fee, *Pablo, el Espíritu y el Pueblo de Dios* (Biblioteca Teológica Vida, Volumen 1, 2007). Para la iglesia primitiva, el Espíritu era una presencia que capacitaba a los creyentes, y tal capacitación tenía que ver con el fruto, el testimonio y los dones. El Espíritu es el regreso de la presencia personal de Dios que viene a morar en nosotros (individualmente) y entre nosotros (colectivamente), una presencia que experimentamos y que nos capacita.

Esta obra pretende llevarnos a las Escrituras y, así, fortalecer nuestra visión de la forma en que el Espíritu obra para movilizar a los creyentes en la iglesia local.

Gordon Fee es profesor emérito de Nuevo Testamento en Regent College, Vancouver, Canadá.



Kenneth E. Bailey, *El hijo pródigo: Lucas 15 a través de la mirada de campesinos de Oriente Próximo* (Biblioteca Teológica Vida, Volumen 5, 2009). Del *hijo pródigo*, una de las parábolas más emotivas de Jesús, se ha escrito mucho a lo largo de los siglos. En este libro,

Kenneth Bailey vuelve a narrar esta historia tan familiar, y lo hace a la luz de su larga experiencia como misionero y profesor de Biblia entre los campesinos de Oriente Próximo. Bailey conoce cómo es la vida en los pueblos de aquella zona, por lo que su comprensión de la parábola del hijo pródigo arroja mucha luz sobre el significado verdadero de esta parábola de Jesús.

En 2006 la revista *Preaching* le otorgó el premio al «Mejor libro del año para predicadores».

Kenneth E. Bailey vivió y enseñó Biblia durante cuarenta años en Egipto, Líbano, Chipre y Jerusalén. Ha escrito varios libros usando su conocimiento de Oriente Próximo para aportar una mejor comprensión del texto bíblico, entre los cuales está *La mirada de los campesinos*, también publicado en esta colección.



Kenneth E. Bailey, *Las parábolas de Lucas: un acercamiento literario a través de la mirada de los campesinos*. La tesis de Bailey en este libro es que el paso del tiempo apenas ha afectado a las aisladas comunidades de campesinos de Oriente Próximo. Por ello, su cultura aún mantiene los valores de las gentes que escucharon a Jesús. Así, es posible averiguar lo que significaban detalles de las parábolas de Jesús para una persona de aquel entonces. Por ejemplo, cuando un amigo viniera a pedir pan en medio de la noche, o un juez se negara a escuchar el caso de una mujer, o alguien rechazara la invitación de un rey al banquete de la boda de su hijo.

Gracias a su experiencia, Bailey está perfectamente capacitado para explicarnos el conocimiento cultural de los que escucharon a Jesús, y el impacto que debieron de causar las parábolas en sus oyentes. Estas explicaciones del trasfondo cultural arrojan mucha luz sobre el significado de las parábolas para aquellos campesinos del siglo primero y, como resultado, sobre su significado para el día de hoy.

Kenneth E. Bailey vivió y enseñó Biblia durante cuarenta años en Egipto, Líbano, Jerusalén y Chipre. Ha escrito varios libros, incluyendo *Las parábolas de Lucas: un acercamiento literario a través de la mirada de los campesinos*, también publicado en esta colección.

Craig L. Blomberg, *De Pentecostés a Patmos: una introducción a los libros desde Hechos a Apocalipsis*. Este libro es una introducción al trasfondo y a los contenidos de todos los documentos bíblicos desde Hechos hasta Apocalipsis. Ayudará a entender mejor los elementos históricos, lingüísticos y teológicos importantes de cada libro.

Para definirlo, Blomberg dice que es una guía que recoge todo lo que los estudiantes de Biblia y Teología necesitan saber sobre estos documentos bíblicos. Después de tratar de forma breve cuestiones introductorias como fecha y autoría, la mayor parte de este volumen es un estudio de los contenidos de cada libro, incluyendo los puntos principales de cada sección, las cuestiones exegéticas distintivas de cada libro y algunas aplicaciones contemporáneas.

Blomberg asegura que aquel que nunca haya estudiado en un seminario, pero que conozca el contenido de este libro, tendrá una excelente base sobre esta parte de la Biblia.

Craig L. Blomberg es profesor de Nuevo Testamento en Denver Seminary y ha escrito numerosos libros, algunos de los cuales se han traducido al español, como por ejemplo *3 preguntas clave sobre el Nuevo Testamento*, publicado en esta colección.



Craig L. Blomberg, *3 preguntas clave sobre el Nuevo Testamento*.

Este libro se enfrenta a tres cuestiones teológicas de conocida dificultad: 1) la fiabilidad histórica del Nuevo Testamento, 2) el debate sobre quién fue el verdadero fundador del cristianismo, Jesús o Pablo, y 3) el modo en que los creyentes del siglo veintiuno hemos de aplicar el Nuevo Testamento a la vida cotidiana. Todo ello lo hace ofreciendo respuestas bien trabajadas y razonadas, que nos ayudan a apreciar el valor de la fe cristiana y a acercarnos a ella de una forma más profunda.

Basado en las investigaciones más serias, pero escrito en un estilo accesible a todos los públicos, este libro es una excelente guía para pastores, estudiantes, y cualquier persona interesada en obtener una mejor comprensión del Nuevo Testamento.

Craig L. Blomberg es profesor de Nuevo Testamento en Denver Seminary y ha escrito numerosos libros, muchos de los cuales se han traducido al español, como por ejemplo *De Pentecostés a Patmos: una introducción a los libros desde Hechos a Apocalipsis*, publicado en esta colección.



Nancy Jean Vyhmeister, *Manual de investigación teológica*. Nancy Vyhmeister escribió este *Manual* cuando estaba enseñando Teología en Latinoamérica. Más tarde se publicó en inglés, y pronto se convirtió en un libro de referencia para escribir trabajos de investigación en el campo de la religión y la Teología. Vyhmeister ha hecho una revisión profunda de la edición en castellano para una mayor difusión entre los lectores de habla hispana.

Bien organizado, lleno de ejemplos prácticos, y pensado para los estudiantes de Teología, este *Manual* es una herramienta imprescindible para escribir un trabajo concienzudo y bien elaborado.

Vyhmeister te explica paso a paso las diferentes fases:

- la selección del tema y la definición de sus límites
- el uso eficaz de los recursos físicos y electrónicos
- la elaboración de notas claras y relevantes
- la organización de tus pensamientos
- la creación del trabajo, incluyendo notas al pie y bibliografía
- el uso de estadísticas, tablas y gráficos

Nancy Vyhmeister (Ed.D., Andrews University) cuenta con cuarenta y cinco años de experiencia enseñando a futuros pastores y profesores no solo en los EE.UU., sino en diferentes lugares del mundo. Ahora que está jubilada, continúa con su ministerio global de enseñanza e investigación. Es autora de varios libros, publicados tanto en castellano como en inglés, como por ejemplo una gramática del griego para estudiantes de habla hispana.

Introducción a la segunda edición

Hace ya casi cuarenta años que escribí este pequeño libro y lo veo reaparecer lleno de gozo y con mucha gratitud. Los editores de InterVarsity Press me han invitado a reflexionar brevemente sobre el camino que esta obra inauguró. Lo considero un privilegio.

Andrew Walls, el célebre historiador escocés especializado en el cristianismo no occidental, ha afirmado en numerosas ocasiones que el movimiento misionero moderno proyectó nuevas disciplinas académicas. Él menciona la Antropología y la Lingüística, junto con los estudios asiáticos y africanos. Quizás haya otra disciplina que añadir a una tan distinguida lista: los estudios próximo-orientales del Nuevo Testamento. Para muchos, esta propuesta puede sonar contradictoria. ¿No es Oriente Próximo el corazón del islam? ¿Qué tiene que ver ese mundo con el Nuevo Testamento? ¿Hay datos para este tipo de estudios próximo-orientales del Nuevo Testamento?

Hay más cristianos arabeparlantes en Oriente Próximo que judíos en el mundo entero. Este dato demográfico suele desconocerse en Occidente, donde se da por sentado que todos los árabes son musulmanes. Como resultado, aunque los arabeparlantes ya estaban presentes en Pentecostés (Hechos 2:11), hoy en día los millones de cristianos árabes resultan casi invisibles para Occidente. Esta realidad se debe como mínimo a tres razones plausibles.

Poco después de que terminara la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill describió la división crítica sufrida entre la Europa del Este y la occidental como un «telón de acero». Durante los primeros siglos después de Cristo, no fue un telón sino tres los que cayeron sobre el Mediterráneo y separaron a Oriente Próximo de Europa.

El primero de ellos fue el Concilio de Calcedonia (451 A.D.), que produjo un profundo cisma entre las iglesias del mundo griego y romano por un lado, y la mayoría de iglesias del oriente del Mediterráneo

neo por el otro. Un segundo telón cayó con las invasiones islámicas de principios del siglo VII. Mientras el islam se propagaba por Oriente Próximo y barria el norte de África, España y también Asia Menor y los Balcanes, un abismo separaba al «mundo cristiano» del «mundo islámico». Por desgracia, los cristianos orientales, superados por las poderosas fuerzas musulmanas, fueron los grandes olvidados. El tercer telón sería el que denominaríamos lingüístico. Las lenguas de los cristianos orientales no calcedonios habían sido históricamente el siríaco, el copto y el árabe. Se trata de lenguas difíciles, raramente estudiadas por los eruditos del Nuevo Testamento. Estos tres telones han impedido que se conozca el cristianismo oriental, con todos sus tesoros espirituales. Esto significa que, durante unos 1500 años, en Occidente hemos estado interpretando el Nuevo Testamento sin ningún contacto con los cristianos del oriente del Mediterráneo, unos herederos muy especiales de la cultura tradicional de Oriente Próximo y, por ende, de la cultura de la Biblia.

Como judío, Jesús estaba inmerso en la cultura de Oriente Próximo y su entorno. Sí, el helenismo tenía mucha fuerza en los días de Jesús, pero sus primeras lenguas eran el arameo y el hebreo, no el griego. Todo esto otorga una gran particularidad a mi estudio exegético de Lucas 15 y la cultura de Oriente Próximo, que este pequeño libro no hace más que empezar a documentar.

Mi estancia de cuarenta años entre los cristianos de Oriente Próximo se hallaba en su primera fase de formación cuando escribí *El hijo pródigo*. Durante esas décadas, trabajaba, pensaba y enseñaba en árabe y de esa manera participaba en la vida de iglesia, a la vez que estudiaba y enseñaba los evangelios de base semítica a personas predominantemente semitas. Esos años imbuyeron en mí una sensibilidad muy profunda.

Si la Teología se expresa en conceptos y se estructura por medio de la filosofía y de la lógica, entonces sus herramientas fundamentales son una buena mente y la capacidad de pensar con lógica. Pero si la Teología se presenta en forma de relato, no nos podemos cerciorar del significado del mismo sin convertirnos, en la medida de lo posible, en una parte de la cultura del narrador y de quien le escucha. N. T. Wright nos ilustra este dilema de forma maravillosa en su nuevo libro

sobre la resurrección.¹ Wright toma prestada una ilustración de George Caird, quien registra la frase «I am mad about my flat». En boca de un americano, la frase se entendería como «estoy enfadado porque he tenido un pinchazo». Pero esa misma frase para un británico significa «estoy encantado con mi piso nuevo». Hay que introducirse en la cultura de quien está hablando, si queremos entender lo que nos dice. Pues lo mismo si se trata de la vida y enseñanzas de Jesús. Al Espíritu no le han faltado testigos a lo largo de los siglos. Aun así, hay ciertas capas de percepción que solo quedan al descubierto cuando se llega a comprender y aplicar la cultura próximo-oriental en la interpretación de las Escrituras. Lucas 15 es un claro ejemplo de este hecho.

¿Resulta vergonzoso que un joven pida la herencia de su padre cuando este todavía vive? ¿Resulta ominoso el silencio de su hermano mayor? ¿Qué reacción cabe esperar del padre? ¿Es vergonzoso para la familia, frente a la comunidad, que el joven venda su parte? Cuando el hijo «vuelve en sí», ¿se está «arrepintiéndose» o «solo intenta conseguir algo de comer»? ¿Por qué no hay madre en el relato? ¿Se está humillando a la familia cuando sale corriendo por el camino? ¿Puede un padre abandonar a sus invitados para salir al patio a hablar con un hijo enfurruñado? Y, si lo hace, ¿qué significa? Estas preguntas, entre muchas otras, fueron apareciendo con el tiempo en mi pantalla mental cuando tuve el privilegio de vivir y formarme en Oriente Próximo desde mi juventud y durante casi toda una vida.

Este libro fue mi primer intento de tomar la cultura de Oriente Próximo como punto de partida para la interpretación de un texto muy conocido de los evangelios. Huelga decir que no se puede simplificar y dar por sentado que la cultura actual de Oriente Próximo es idéntica a la del siglo primero. Pero en los pueblos tradicionales y conservadores, Oriente Próximo sí que me proporcionaba una base cultural en que asentarme cuando las anteriores preguntas me forzaban a buscar respuestas meditadas. Sin esa base, las preguntas ni se me hubieran ocurrido y, en consecuencia, no hubiera buscado las respuestas. A pesar de las limitaciones, tenía claro que, para examinar las parábolas de Jesús, era mejor usar la lente de la cultura de Oriente Próximo que la de mi heredada cultura estadounidense contemporánea.

1. Nicholas Thomas Wright, *La resurrección del hijo de Dios: los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, Editorial Verbo Divino, Estella, Navarra, 2008.

Mi estudio de Lucas 15 ha evolucionado tanto en el método como en la percepción. Distingo cinco etapas diferenciadas:

1. *La cultura tradicional de Oriente Próximo*. Mi punto de partida era el privilegio antes mencionado de vivir entre los cristianos de dicha región y aprender de ellos.

2. *La literatura cristiana neotestamentaria oriental*. Al empezar a estudiar e investigar, poco a poco tomé conciencia de los 1800 años de traducciones del texto del Nuevo Testamento del griego al siríaco, al copto y luego al árabe. La traducción siempre conlleva una interpretación. Toda traducción es un mini comentario. Las traducciones más tempranas de estas me han acompañado a diario durante décadas. Luego descubrí a los grandes comentaristas siríacos del Nuevo Testamento, como Hibatallah ibn al-Assal y Abdallah ibn al-Tayyib. Estos y otros eruditos árabes siguen siendo inéditos en otras lenguas y por tanto desconocidos más allá de un pequeño círculo en Oriente Próximo. Decenas de miles de sermones exegéticos escritos a mano me están esperando.

3. *El rabinismo*. No hay sustituto que valga para las fuentes originales. Leer la Mishná de cabo a rabo dos veces fue una emocionante aventura, en parte porque al leerla me trasladé al típico pueblo de Oriente Próximo tal y como lo había vivido. De hecho, la lectura me produjo una fuerte sensación de «dèjà vu». Tras la exposición formativa a la vida judía pude ver claramente que las estructuras primarias de la vida cotidiana, que ya había observado en la vida de los típicos pueblos próximo-orientales, podían ser documentadas a partir de los dichos de los rabinos del siglo primero y segundo de Babilonia a Jerusalén. La lectura de los casi veintinueve volúmenes del Talmud babilónico me proporcionó datos adicionales, al igual que la del Talmud de Jerusalén. También fue muy gratificante vivir durante unos años entre los diez volúmenes del Midrás Rabbá, por no mencionar la Tosefta y los Targumim.

No se trata de los cambios económicos, políticos y sociales inevitables en cualquier comunidad. Tampoco entiendo que una interpretación rabínica del siglo tercero de un salmo en particular fuera necesariamente la misma que la del siglo primero. Más bien, como escribí en otra ocasión:

Para interpretar las parábolas de Jesús, el intérprete (sea consciente o no) tomará inevitablemente decisiones acerca de las actitudes hacia las mujeres, los hombres, la familia, la estructura familiar, las lealtades familiares y sus exigencias, los niños, los estilos arquitectónicos, los métodos agrícolas, los líderes, los eruditos, las autoridades religiosas, el comercio, los artesanos, los siervos, los hábitos alimentarios, el dinero, la lealtad a la comunidad, los tipos de humor, la narración de historias, los métodos de comunicación, el uso de metáforas, los tipos de argumentación, las formas de reconciliación, las actitudes hacia el tiempo, hacia los gobernantes, qué es lo que puede producir una conmoción y a qué nivel, las reacciones a las situaciones sociales, las razones para la ira, las actitudes hacia los animales, las reacciones culturales y emocionales a los distintos colores, los códigos sexuales, la naturaleza del honor personal y social y su importancia, así como muchas, muchas otras cosas.²

Todo ser humano, sea cual sea su cultura, tiene un conjunto de actitudes que conforman lo anterior. Estas actitudes culturalmente condicionadas funcionan de manera inconsciente e influyen de modo inevitable sobre la manera en que cada persona lee cualquier relato. Mi experiencia al respecto en Oriente Próximo, confirmada a través de una lectura seria de las primeras fuentes rabínicas, me ha permitido escapar de mi propio cautiverio en la cultura occidental.

4. *El Salmo 23*. En mi viaje a través de la mente de Jesús el rabino, poco a poco me fui dando cuenta de que la parábola de la «oveja perdida» de Lucas 15:3-7 era una «nueva versión» del apreciado salmo del Pastor. Tirando de ese hilo, descubrí muchos nuevos tesoros en la parábola.³

5. *Jacob*. A veces te tropiezas con un nuevo descubrimiento cuando no lo estabas buscando. Así me ocurrió asistiendo a una conferencia muy aguda sobre la historia de Jacob, allí caí en la cuenta. Me animé a recopilar cincuenta y un puntos de comparación y contraste entre la historia de Jacob que encontramos en Génesis 27:1-36:8 y

2. Kenneth E. Bailey, *Finding the Lost: Cultural Keys to Luke 15* [Encontrar lo perdido: claves culturales de Lucas 15], Concordia, St. Louis, 1992, p. 32.

3. Eso me condujo a escribir el libro *Finding the Lost*.

la parábola del hijo pródigo. Al elaborar la gran parábola de los dos hijos perdidos, Jesús estaba claramente reescribiendo la historia primitiva que dio a Israel su nombre e identidad.⁴

Otro aspecto de la importancia de esta gran parábola es el tema del testigo cristiano en diálogo o confrontación con el islam. El 11 de septiembre de 2001 y sus secuelas han puesto al cristianismo y al islam frente a frente y en una situación más crítica que la de hace cuarenta años. El islam sigue leyendo la parábola del hijo pródigo como una negación de la encarnación y la expiación. (A simple vista, parece que el hijo pródigo se reconcilie con su padre sin ayuda y por sus propios esfuerzos. Si es así, Jesús está reflejando en esta parábola una teología islámica.) *El hijo pródigo* intenta dar algunas respuestas a este desafío.

Para mí, este libro fue el inicio de un viaje que duró décadas. Quizás sea una «voz clamando en el desierto». Espero que no. ¿Habrá otras voces más capaces que la mía que puedan sumergirse más a fondo en la cultura oriental e interpretar con más precisión las inagotables riquezas de los relatos de Jesús? Espero que así sea, de veras. ¿Es este paso prudente e inseguro el posible principio de una nueva disciplina que algún día se podría bautizar como «Estudios Próximo Orientales del Nuevo Testamento»? No lo sé. Solo me cabe esperar que los jóvenes tengan visiones y los ancianos tengan sueños (Joel 2:28; Hechos 2:17).

Para terminar, quizás deba mencionar la obra de teatro que he escrito sobre el hijo pródigo.⁵ Si «el relato» es un tipo de lenguaje teológico serio y capaz de crear sentido, entonces no se pueden ignorar el teatro y las emociones. La dificultad radica en que el «teatro bíblico» contemporáneo suele mezclarse con la ficción y, en el proceso, la ficción suele superar al texto bíblico y su mensaje. Cuando esto ocurre, el teatro se convierte en una herramienta diseñada deliberadamente para presentar las ideas del dramaturgo, violando la visión del autor bíblico.

4. Kenneth E. Bailey, *Jacob and the Prodigal: How Jesus Retold Israel's Story* [Jacob y el pródigo: cómo Jesús volvió a contar la historia de Israel], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 2003.

5. N.E. En la edición en español de este libro hemos excluido dicha obra de teatro, con permiso del autor.

He escrito los guiones de dos largometrajes de producción profesional, uno de los cuales se basa en las tres parábolas de Lucas 15.⁶ Durante todo el año que duró el proceso de revisión del guión de esta última película, así como durante el rodaje de la misma, me encontré bajo la presión constante de ignorar las ideas percibidas de Jesús y de permitir que la obra presentara las ideas del director. Pude resistirla gracias al respaldo de los productores, pero siempre estaba ahí. Quizás sea dicha presión la que históricamente ha mantenido la interpretación bíblica seria separada del teatro bíblico. Además, puede que no se les haya ocurrido a muchos que un buen relato conlleva unas emociones y que el teatro puede disciplinarse y servir al propósito de una exégesis seria.

Espero que otras personas se sientan inspiradas a recorrer este sendero a menudo descartado. Yo me propuse desde el principio unir la exégesis seria al teatro serio. Son cosas que van juntas. Que sea el lector quien juzgue el éxito o fracaso de este matrimonio.

Sí, «un viaje de miles de kilómetros empieza con un paso». Un colofón a esa famosa frase es que «ese primer paso hay que darlo en la dirección correcta». Si miro hacia atrás, tengo la sensación de que el «primer paso» dado con este modesto esfuerzo iba en la dirección correcta.

Mi oración, estimado lector, es que estas tres parábolas de Jesús, aquí esclarecidas, le sean de tanto estímulo en su camino de fe como lo han sido para mí.

«Estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida;
Se había perdido, pero ya lo hemos encontrado».

Kenneth E. Bailey

6. *He Was Lost and Is Found* [Estaba perdido y lo hemos encontrado], película producida en El Cairo, Egipto, en árabe (con subtítulos en inglés). Duración: 110 min.

Prefacio

A través de los siglos, desde el advenimiento del islam, las voces musulmanas se hacen eco del grito «los cristianos han pervertido el mensaje de Jesús», y señalan hacia la famosa parábola del hijo pródigo como prueba de ello. Su postura puede formularse de la siguiente manera:

En esta parábola es obvio que el padre representa a Dios, mientras que el hijo menor representa a la humanidad. El hijo abandona el hogar, se mete en problemas y finalmente decide regresar a su padre, «yistaghfir Allah» (buscar el perdón de Dios). Al llegar, el padre da la bienvenida al hijo, demostrando así que el padre es «rahman wa rahim» (misericordioso y compasivo). No hay cruz y no hay encarnación. No hay «hijo de Dios» y no hay «salvador». No hay «verbo que se haga carne» y no hay «camino de salvación». No hay muerte ni resurrección. No hay mediador ni mediación. El hijo no necesita ninguna ayuda para volver a casa. El resultado es obvio. Jesús es un buen musulmán que en esta parábola está confirmando la teología musulmana. Por tanto, el mismo profeta a quien el cristianismo dice seguir niega el corazón de la fe cristiana. El islam, sin cruz y sin salvador, conserva el verdadero mensaje del profeta Jesús.

Los cristianos árabes de Oriente Próximo han tenido que vérselas con esta crisis de interpretación durante más de un milenio. Ahora el mundo moderno se enfrenta en cierta manera a esta misma crisis. Como resultado de la emigración y de toda una serie de conflictos internacionales, lo queramos o no, ¡la interacción entre cristianismo e islam es inevitable! ¿Qué podemos decir de este hecho?

R.C. Trench, en sus famosas *Notes on the Parables of Our Lord* [Notas sobre las parábolas de Nuestro Señor], observa que, durante siglos, al relato del hijo pródigo se lo ha denominado *Evangelium in*

Evangelio [El Evangelio dentro del Evangelio]. Trench afirma que dicho título queda ampliamente justificado.⁷ Si a lo largo de los siglos así es como la iglesia ha visto esta parábola, ¿cómo es que no parece hacer referencia ni a la encarnación (Dios viene a nosotros en Jesús) ni a la expiación (la cruz es un poder salvador)? Si la cruz es esencial para el perdón, ¿por qué parece estar ausente en esta parábola? El hecho de haber pasado décadas al servicio de las iglesias cristianas árabes de Oriente Próximo me ha exigido encontrar respuestas a estas preguntas teológicas y a otras relacionadas. Una parte de este libro es un sumario de las respuestas a dicho desafío.

He debatido ampliamente las tres parábolas de la oveja perdida, la moneda perdida y los dos hijos perdidos (el hijo pródigo) con estudiosos, pastores, ancianos y campesinos analfabetos de todo el mundo árabe, luchando por entenderlas en su propio entorno cultural próximo-oriental. Además he seguido los comentarios al evangelio de Lucas escritos hace siglos en árabe y en siríaco, así como los comentarios de la tradición occidental a dichas parábolas. También he escudriñado la relevante literatura primitiva de la comunidad judía en la Mishná y los dos Talmudes. Medio siglo de estudio, intentando mirar estas parábolas con los ojos de Oriente Próximo, me ha dado una nueva visión de las mismas.

El resultado ha sido una nueva manera de hablar acerca del corazón de nuestra fe, dirigiéndose a la mente musulmana oriental y, espero también, a la mente secular occidental. Mi oración es que sirva además para explicar la fe cristiana en el Sur en general.

Durante años, la música ha sido de inmensa ayuda para comunicar el contenido emocional de los Salmos. La segunda parte de este libro es una obra de teatro que trata de expresar el contenido teológico y emocional de esta parábola. La obra *Two Sons Have I Not* la he escrito tanto para ser leída (en público o en privado) como para ser representada.⁸ Durante siglos, los dramaturgos han tomado los relatos bíblicos y los han amoldado a sus propias ideas; a menudo ignorando de forma deliberada la intención de los autores bíblicos. No es este

7. R.C. Trench, *Notes on the Parable of our Lord*, John W. Parker, London, 1857, p. 387.

8. En esta edición en español hemos excluido dicha obra de teatro, con permiso del autor.

mi objetivo. Se trata más bien de presentar, de forma dramatizada, el contenido teológico que estoy seguro que le otorgó su autor original, Jesús de Nazaret. Ese contenido ya quedaba implícito en la propia parábola para quienes compartían su misma cultura. Espero que la dramatización de las tensiones y emociones que conforman este relato pueda ayudar a clarificar y comunicar su significado a las personas de otras épocas y culturas.

Jesús se dirigía a los campesinos de Oriente Próximo. Entonces, incluso la gente culta tenía sus raíces en el campo. Lo que queda entre líneas, aquello que se siente pero no se dice... todo ello tiene un profundo significado. De hecho, casi no se puede expresar, ya que no es algo que se adquiera de forma consciente. Nunca se explica aquello que «todo el mundo sabe».

En Oriente Próximo, «todo el mundo sabe» que ser cortés con el padre de uno es mucho más importante que obedecerle. Jesús está en desacuerdo. Por eso explica la historia de un padre y sus dos hijos y declara que el buen hijo es el que obedece, por muy descortés que sea con su padre (Mateo 21:28-32). Cuando no conocemos las actitudes ahí latentes es fácil que la naturaleza revolucionaria de la parábola nos pase inadvertida.

La gente del campo en Oriente Próximo ha permanecido durante siglos casi sin cambiar. En los pueblos aislados, he llegado a encontrar a niñas elaborando muñecas de barro muy parecidas a las diosas de la fertilidad de la época del Antiguo Testamento. Los patrones del habla, del vestir y de la estructura familiar se obstinan en ser los mismos. El padre Henry Ayrout, en su famosa monografía antropológica sobre el campesino egipcio, titulada *The Fellaheen*, escribe:

Los fellaheen han cambiado de maestros, de religión, de idioma y de cultivos, pero no de estilo de vida ... Vemos hoy en las ruinas del norte de África o Caldea que violentas y repetidas convulsiones han borrado del mapa a pueblos enteros ... pero los fellaheen se han mantenido firmes en su sitio ... Son tan impenetrables y resistentes como el granito de sus templos y tan lentos en el desarrollo ... No se trata de una mera impresión. Podemos ver a los fellah usar los mismos utensilios (el arado, el shaduf, la saqia, etc.), los mismos métodos de tratamiento del cuerpo, muchas de las

*mismas costumbres matrimoniales y funerarias ... En las páginas de Heródoto, Diodoro Sículo, Estrabón, Al-Maqrizi, Vansleb, el padre Sicard y Volney podemos encontrar a esos mismos fellah. Sin revolución alguna, sin evolución alguna.*⁹

Casi todas las personas, en el pasado o el presente, que han tenido el privilegio de trabajar durante un largo periodo de tiempo en los pueblos de Oriente Próximo dan fe de un mismo hecho: el pétreo conservadurismo del campesinado. Hoy día, uno de los mejores cumplidos que un aldeano puede hacer a su prójimo es el de «conservador de costumbres». Como resultado, en lo principal, las actitudes aldeanas gozan de gran antigüedad.

Cuando un artista cristiano japonés pinta un retrato de la virgen y el niño, las figuras parecen japonesas. Si insistimos en ser literales, estas figuras han sido «distorsionadas» por la comunidad y la cultura. Con todo, el cuadro comunica algo esencial y cargado de sentido. De hecho, los distintivos japoneses son los que dan al cuadro su significado. La comprensión occidental de las Escrituras también queda condicionada por la historia y cultura occidentales. No hay escapatoria. No puedo empujar el autobús si voy yo dentro. No hay nadie en ninguna cultura con una mirada despersonalizada sobre el mundo desde un espacio exterior. Así que, si el «colorido» cultural es inevitable, ¿por qué no buscarlo en una sociedad campesina lo más parecida posible a la de la Palestina del primer siglo? La única alternativa que nos resta a quienes quedamos fuera de Oriente Próximo es echar mano de nuestras propias percepciones culturales. Los únicos ojos que tengo para mirar al mundo son los míos. La presuposición básica de este estudio es que mirar la parábola del hijo pródigo a través de los ojos de la conservadora sociedad campesina de Oriente Próximo (pasada y presente) es un punto de partida mejor que el de las culturas de Norteamérica y Europa.

En este estudio hemos prescindido de la abundancia de material crítico y explicativo tradicional. Tampoco he buscado la reciprocidad con los distintos comentaristas contemporáneos de esta parábola. Este libro hace hincapié en nuevas apreciaciones.

9. Henry Habib Ayrout, *The Fellaheen*, trad. ing. Hilary Wayment, ed. rev., R. Schindler, El Cairo, 1945, pp. 19-20.

Jesús hablaba arameo, hebreo y seguramente algo de griego. No voy a ponerme a debatir ahora si las fuentes de Lucas, en el caso de las parábolas, eran griegas o arameas, escritas u orales. Pero en algún momento sí que haré referencia a la tradición bíblica árabe de mil doscientos años, la cual es un lago que se abastece de las corrientes interpretativas coptas, griegas y siríacas. La tradición de la traducción árabe es prácticamente desconocida y, por tanto, no ha sido examinada.

A lo largo del siglo veinte, los estudios bíblicos se han tomado muy en serio las formas orales. En este caso, las distintas formas de hablar de los pueblos también resultan esclarecedoras y a ellas nos referiremos cuando sea el momento.

Todas las citas bíblicas proceden de la NVI o son traducciones más del original en griego.

La caligrafía árabe ha sido un arte milenario en Oriente Próximo. El islam prohíbe el uso de formas humanas o de animales en el arte religioso y la escritura decorativa suele rellenar el vacío dejado al respecto. Los artistas musulmanes solamente embellecen el texto. Con las láminas introductorias de los capítulos he intentado llevar este arte un paso más allá, tratando de representar simbólicamente una parte del significado del texto. Cada lámina viene acompañada de su traducción y un comentario.

Siempre que me ha sido posible he utilizado lenguaje inclusivo, pero he tenido que utilizar la tercera persona ocasionalmente cuando la construcción de la frase lo ha requerido. En tal caso, es una cuestión de claridad y de ninguna manera se ha pretendido faltar el respeto al lector.

Quiero agradecer al Sr. Andrew Le Peau, de InterVarsity Press, la oportunidad que me ha dado de reescribir por completo este material para esta nueva edición. Me siento profundamente agradecido a la Srta. Elizabeth Hill, quien se pasó dos veranos egipcios seguidos, bajo unas temperaturas insostenibles, mecanografiando los dos primeros borradores de la primera edición de este manuscrito. Tuvo que soportar pacientemente mi letra y corregir mi abominable ortografía. También estoy en deuda con la Sra. Evelyn Steele de Pittsburgh, quien se ofreció voluntariamente a mecanografiar la tercera revisión,

igualmente ilegible, a pesar de sus muchas responsabilidades familiares.

Sara Bailey ha corregido y revisado con esmero el texto completo de esta nueva edición y se lo agradezco con toda mi alma. No sé cómo expresar mi gratitud a mi querida esposa, sin cuya colaboración en la vida este manuscrito jamás habría nacido.

¡Soli Deo Gloria!

La caligrafía decorativa de debajo del título de la primera parte dice en árabe: «Y dijo: “cierto hombre tenía dos hijos”». Los caracteres de la derecha simbolizan al hijo menor, que por rebeldía queda fuera de la relación con su padre.

El hijo mayor (los caracteres de la izquierda) parece estar en la casa, pero en realidad también queda fuera.

Ambos hijos están igualmente presentes desde el principio.



CAPÍTULO 1

Ж

Alégrese conmigo

En el evangelio de Lucas, Jesús empieza su último viaje a Jerusalén en el capítulo 9 y llega en el capítulo 19. En esta sección, el conflicto que se está gestando con los fariseos culmina en una ominosa queja: «este hombre recibe a los pecadores». La lámina muestra cómo sus palabras (en la parte de abajo del texto) revelan su ser interior. El añadido de dos breves trazos hace que las gruesas líneas que se elevan parezcan los pilares de un edificio, porque los fariseos se consideran pilares de la casa de Israel. Las líneas exteriores son fuertes y portentosas.

En medio de su queja aparece la alegría del pastor: «¡Alégrense conmigo!». Jesús, por medio del pastor, pide a los fariseos que llenen sus corazones del gozo de acoger entre ellos al pecador que regresa. El grito del pastor es franco, libre y alegre.



هَذَا
الْحَقُّ
الْحَقُّ

هَذَا الْقَبْلُ نَصْرًا

Alégrense Conmigo

Este Hombre

Recibe A Pecadores

Alégrense conmigo

LUCAS 15:1-10

Ж

Muchos recaudadores de impuestos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo, de modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos.» Él entonces les contó esta parábola: (Versículos 1-3)

En el mar de Galilea se forman violentas tormentas con mucha rapidez. Incluso los pescadores experimentados como Pedro y Juan se habían encontrado a veces sorprendidos por ellas. Lucas 15 empieza retumbando con más fuerza que los truenos sobre el lago. La clase religiosa se sentía amenazada de pleno por aquel innovador. Jesús se hallaba de camino a Jerusalén cuando explicaba estas historias; sería ahí donde la tormenta se cerniría sobre él en un intento de eliminar la amenaza que representaba para la élite gobernante.¹

Los tres relatos de Lucas 15, con ilusoria apariencia de simplicidad, van creando un tenso clímax que culmina en el enfrentamiento entre

1. Lucas 9:51 dice: «Como se acercaba el tiempo de que fuera llevado al cielo, Jesús se hizo el firme propósito de ir a Jerusalén». Luego hay una gran cantidad de material de enseñanza que ha sido denominado «El documento de viaje». Lucas 15 cae de pleno en dicho material. Por eso estas parábolas deben ser comprendidas a la luz de que Cristo ya se había propuesto ir a Jerusalén.

el padre y el hijo mayor del final de la parábola del hijo pródigo.² ¿Qué hará el hijo mayor con la súplica de reconciliación que se le ofrece a tan alto precio? Cuando el conflicto alcanza ese punto crítico, cae el telón sin conclusión alguna. Todo ello solo es evidente si tenemos en cuenta la mentalidad del público a quien va dirigida y la cuestión que había llevado a los fariseos a quejarse ante Jesús.

El público a quien Jesús se dirigía estaba compuesto por fariseos y escribas, los «justos» de la comunidad. Su queja era que «este hombre recibe a los pecadores y come con ellos». Había tres jugadores: los religiosos (los fariseos), los irreligiosos (los pecadores) y Jesús. Cada uno de ellos (los «encontrados», los «perdidos» y Jesús) aparece en cada una de las tres parábolas. Sin embargo, se puede detectar cierta progresión en los relatos. El primero trata de animales. El segundo trata de unas monedas inanimadas. Pero el tercero pone en escena a unas personas que empiezan a hablar

En la época de Jesús, era normal considerar «pecadores» a los recaudadores de impuestos. Cuando una comunidad étnica cualquiera se ve incorporada a la fuerza a otro imperio, es inevitable que la gente desprecie profundamente a los recaudadores de impuestos. Pero el Imperio Romano presentaba un problema especial. Recaudaba impuestos por medio de «cobradores campesinos». Un individuo podía comprar a los gobernantes el derecho de recaudar impuestos en una zona determinada. Entonces esa persona podía determinar sus propias tarifas y sacar de ahí todo lo que pudiera. El contrato le obligaba a entregar una suma determinada a las autoridades. Se podía quedar con el resto. Los «cobradores campesinos» solían ser gentiles. En Palestina se contrataba a los autóctonos para que se ocuparan de recoger el dinero.³ Obviamente, con personas de pocos escrúpulos, el abuso estaba a la orden del día.

Esta práctica sigue existiendo en cierto grado en los pueblos egipcios de la actualidad. Un ciudadano puede contratar con el gobierno el derecho a cargar con tasas el cruce del río Nilo a la altura de su

2. Lucas 15 ha sido considerado durante mucho tiempo por muchos eruditos como una sola unidad. Seguiremos trabajando sobre este supuesto.

3. John R. Donahue, «Tax Collector» [Recaudador de impuestos], *Anchor Bible Dictionary*, ed. David Noel Freedman, Doubleday, New York, 1992, 6:337-38.

pueblo. Entonces contrata a unos cuantos hombres que se dedican a cobrar una prima a cada persona que cruza el río. La tarifa es la que el tráfico pueda sostener. Los manejos y los favoritismos se convierten en la norma cuando hombres de pocos escrúpulos se hacen con el control del cruce del río. Los últimos años del Imperio Turco fueron testigos de este antiguo sistema, en él también era común este abuso tan extendido.

Además, durante el primer siglo, Palestina estaba ocupada por imperialistas. A la persona que nunca ha vivido en un país ocupado le cuesta mucho hacerse a la idea del odio que se genera hacia el «colaborador» (encontramos muchos paralelismos en los nacionalismos africano y asiático modernos). En la política árabe actual, el insulto más fuerte es que te llamen «agente de los imperialistas».

Cuando una colonia está llegando al punto de ignición de una sublevación, odia ferozmente a cualquier «colaborador». De repente, la traición de los colaboradores al honor nacional se convierte en algo insoportable. En los días de Jesús, las fuerzas nacionalistas de Judea y Galilea estaban acumulando fuerzas. El fuego lento de la sublevación iba a romper en llamas al cabo de unos pocos años. Cualquier cooperación con Roma y sus recaudadores de impuestos tenía que verse como una traición a la raza y la religión.

En los evangelios, el título de recaudador de impuestos suele estar relacionado con el de *pecadores* o el de *adúlteros* y, es natural, con el de *gentiles*.⁴ La identificación más común es la de *pecadores*. En boca de un fariseo, *pecador* significaba «impuro», «transgresor de la ley» y en general una persona de baja catadura moral. Resumiendo, cualquier persona a quien condenaran. Lucas usa *pecador* trece veces y en general se refiere a personas de baja catadura moral. Aquí está citando a los fariseos y, por tanto, quizás pretenda también añadir el matiz de «traidor» e «impuro».

...se acercaban a Jesús para oírlo.

¡Jesús acogía a los pecadores! Esa era la cuestión para los fariseos. Ni compraba su favor ni se ponía de parte de sus transigencias éticas.

4. En relación a *pecadores*, véanse Mt 9:10-11; 11:19; Mr 2:15; Lc 5:30; 7:34. En relación a *adúlteros*, véanse Mt 21:31-32; Lc 18:11. En relación a *gentiles*, véase Mt 18:17.

Los pecadores sabían cuál era su postura pero, aun así, se sentían «atraídos» por él.

De modo que los fariseos y los maestros de la ley se pusieron a murmurar:

Murmurar es la misma palabra que se usa en el Antiguo Testamento griego en el caso de la «murmuración» del pueblo contra Moisés y Aarón en el desierto (Éxodo 15:24; 16:2, 7-8; 17:3; Números 14:2; 16:11). Solamente aparece dos veces en el Nuevo Testamento, aquí y en Lucas 19:7. En ambos casos se da en boca de los fariseos quejándose de Jesús. La palabra lleva un prefijo determinado (*dia*) que representa un matiz añadido. O bien «murmurando entre ellos» o bien «haciendo correr el rumor entre la muchedumbre». Se nos da la imagen clara de una corriente oculta de queja y descontento por las acciones de Jesús, que irá *in crescendo* hasta llegar a los acontecimientos de la Pasión.

«Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos».

Recibir, en griego, también lleva un prefijo determinado. La palabra *dechomai* significa «recibir». Pero en este versículo nos encontramos con *prosdechomai*, que significa «acoger ofreciendo compañerismo». La primera palabra significaría estar dispuesto a sentarse y hablar con una persona. La segunda significa aceptarla como amiga. A cualquier edad es fácil tratar con una persona de manera constante y durante mucho tiempo y sin embargo no tener un verdadero compañerismo con ella. Pablo usa aquí *prosdechomai* en el sentido de aceptar a una persona como hermano o hermana en el Señor (Romanos 16:2; Filipenses 2:29). La palabra aparece en los dichos de Jesús, cuando Marcos afirma: «El que recibe en mi nombre a uno de estos niños, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí sino al que me envió» (Marcos 9:37).

El remate era que Jesús comiese con ellos. A los ojos de sus oponentes tal contacto le deshonraba. ¡Pero todavía había más! En Oriente Próximo, comer con otra persona es un acto sacramental que implica un grado muy profundo de aceptación. Esta realidad me ha exigido en muchas ocasiones, durante décadas, quedarme en un pueblo para participar en una comida. Ni quería, ni necesitaba comer, ni me sobraba el tiempo. Sin embargo, al comer con una persona, la estaba

aceptando a un nivel muy básico y fundamental. Si el invitado es un líder o maestro religioso, los aldeanos creen que dicho invitado, meramente por su presencia, imparte una «bendición» casi física. Este es el intercambio que tenía lugar entre Jesús y toda una serie de personas meticulosamente condenadas al ostracismo por los «justos».

La cuestión de la comida era la gran disputa entre Pedro y Pablo. Pablo nos cuenta su versión en Gálatas 2:11-12. Resulta que Pedro se solía sentar y comer con cristianos gentiles incircuncisos, pero luego ¡dejó de hacerlo! La amistad era una cosa, pero sentarse a comer con ese amigo era otra muy distinta.

Él entonces les contó esta parábola: (versículo 3)

Lucas presenta tres relatos en uno. Los tres relatos de Lucas 15 conforman una sola unidad y lo más probable es que Jesús los compusiera así. En Lucas 5:36-39 y Lucas 6:39-41 encontramos unidades similares.

«Les» se refiere claramente a los escribas y fariseos. Jesús no se dirigía al público en general sino a un grupo muy concreto de gente que estaba molesta porque aceptaba el pleno compañerismo con los proscritos.

Supongamos que uno de ustedes tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo, y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla? (Versículo 4)

Este versículo es una respuesta sorprendente a las quejas de los fariseos. Los fariseos empezaron como un movimiento laico y se suponía que debían ganarse la vida en alguna profesión secular. No se podía aceptar dinero por enseñar la Ley. Por eso Pablo tejía tiendas y Jesús era carpintero y, por consiguiente, dirigirse a los fariseos como «trabajadores» no era ningún problema. Pero los rabinos consideraban impuros a los pastores; se referían a ellos como a «gente de la tierra» y los evitaban.⁵ Está claro que Jesús no pensaba que el oficio de pastor fuera impuro.

5. El oficio de pastor aparecía en las listas de «oficios proscritos». Véase Joachim Jeremias, *Jerusalén en tiempos de Jesús: estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 2000, pp. 302-12 de la traducción en inglés.

Cien ovejas representaban una riqueza considerable. Puede que la frase «uno de ustedes tiene cien ovejas» se refiera a ser su propietario. También puede que se refiera a ser responsable de cien ovejas. En cualquier caso, un erudito de la categoría de un fariseo tendría que contratar a un pastor. Los pastores de Oriente Próximo son hombres pobres, vestidos con mucha sencillez, que vagan por el campo pasando estrecheces. Ninguna persona instruida se pasaría la vida vagando por los montes por ningún motivo. Sin duda, los fariseos hubieran esperado que Jesús dijera algo así: «Supongamos que uno de ustedes es propietario de cien ovejas y le avisan de que se ha perdido una. ¿No envía a un siervo a buscar al pastor responsable para amenazarle con despedirlo si no la encuentra?»

El relato de Jesús también se entiende mejor como una reelaboración del Salmo 23, con él mismo en el centro. Esta posibilidad convierte la primera parábola en una asombrosa introducción a esta trilogía de relatos. Jesús afirma ser la presencia divina entre las personas que buscan a los perdidos y que, así, cumplen las promesas del Salmo 23, Jeremías 23:1-8 y Ezequiel 34:1-31.⁶

Jesús continúa diciendo: «Uno de ustedes ... pierde una de ellas». En el pasado, las traducciones árabes ponían esta frase en pasiva: «se ha perdido una». A ambos extremos del Mediterráneo *uno no suele autoinculparse*. Ni en árabe ni en español apetece admitir «he perdido el tren», se prefiere decir «se me ha escapado el tren». Tampoco se dice «he tirado el plato» sino «se me ha caído de las manos». No se dice «he perdido el lápiz» sino «se me ha perdido el lápiz». A los traductores árabes les ha costado superar esta forma común de expresarlo, hasta introducir en la lengua la frase no idiomática «uno de ustedes ... pierde una de ellas» por muy raro que suene. Como veremos, cuando el pastor se dirige a sus amigos les habla con lenguaje tradicional y dice «la oveja que se me había perdido».

Jesús rompió los patrones del habla común al cargarle la responsabilidad al pastor, con la expresión «uno de ustedes ... pierde una de ellas». Este distanciamiento de la expresión tradicional es importante. Jesús está diciendo a su público: «Han perdido su oveja. Salí a

6. Véase Kenneth E. Bailey, *Jacob and the Prodigal* [Jacob y el pródigo], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 2003, pp. 65-85.

buscarla y la he traído a casa. ¡Y todavía tienen el descaro de venir a quejarse! ¿No ven que estoy subsanando sus errores?»

Las noventa y nueve ovejas se quedaron en el monte, quizás bajo el cuidado de un ayudante del pastor, probablemente en una cueva.⁷ Pero ¿fue sabio dejar a las noventa y nueve y salir a buscar a la perdida? Hay misioneros cristianos que han debatido sobre este punto con dialécticos comunistas de China. ¿Importa el individuo perdido o tan solo importa «la gente»? De hecho, lo que da verdadera seguridad a las noventa y nueve es que el pastor esté dispuesto a salir a buscar a una sola. Si se sacrifica a una por el bien del grupo entero, entonces cada individuo del grupo se siente inseguro y sabe lo poco que vale. En caso de perderse, la dejarían morir. Cuando el pastor paga el alto precio de ir a buscar a una sola, está ofreciéndole al resto la más profunda seguridad.

No sabemos cuánto tiempo estuvo buscando, pero cualquier campesino libanés o palestino nos dirá que para encontrar una oveja perdida hay que adentrarse por los escabrosos montes durante un día o dos.⁸ Cuando se nos pierde el dinero (nuestro dinero), hacemos lo que sea para recuperarlo. Se suele dar menos valor a las personas perdidas.

Y cuando la encuentra, lleno de alegría la carga en los hombros.

Después de haber encontrado la oveja, al pastor todavía le queda el trabajo más duro, transportar la pesada bestia hasta el rebaño. Francamente, me siento orgulloso de haber podido cargar con mi propio peso por esos abruptos y aislados montes. Algunos turistas confiados osan adentrarse, cámara en mano, por estos apartados parajes y acababan siendo rescatados en camillas. El pastor toma su pesada carga «lleno de alegría» y acepta feliz este deslomador trabajo. Lo natural sería que, en su interior, el pastor deseara encontrar al animal muerto o devorado por un león. Entonces, como Amós, podría recoger unos cuantos restos de pellejo y huesos como prueba de que ni ha robado ni ha vendido al animal (Amós 3:12). Cuando se encuentra a la per-

7. Eric F.F. Bishop, *Jesus of Palestine: The Local Background to the Gospel Documents* [Jesús de Palestina: el trasfondo local del evangelio], Lutterworth, London, 1955, p. 166.

8. He hablado de este tema con muchos de ellos. Al cabo de dos días sin encontrar al animal, se supone que lo han robado, matado o se lo han comido las bestias salvajes.

dida, *la tarea de restauración no ha hecho más que comenzar*. Este tema desaparece en el segundo relato para no reaparecer con toda su gloriosa plenitud hasta el tercero. Se trata de un tema decisivo, dentro del cual está la cruz.

La puso sobre sus hombros. Los pastores de Oriente Próximo siempre han llevado a las ovejas sobre los hombros, con el estómago del animal apoyado en el cogote y las cuatro patas juntas delante de la cara. Eso les da pleno control sobre el animal y les deja una mano libre para trepar. La iglesia primitiva solía representar a Jesús como el Buen Pastor. Las esculturas y pinturas siempre plasman al pastor con una oveja al cuello. En la sección copta del Museo Grecorromano de Alejandría, en Egipto, hay una conmovedora estatua de mármol del Buen Pastor a tamaño real, justo en esa pose. En el Museo Rockefeller, al norte de Jerusalén, hay otra estatua similar. En ambos casos, la oveja es grande y el pastor está sonriendo. En Dura Europos, en la excavación de una iglesia cristiana que fue destruida por los persas en el año 256 A.D. también encontramos un fresco con esa misma escena y la oveja es más grande que el pastor. En todas estas tempranas representaciones artísticas orientales del Buen Pastor, el extraordinario tamaño de la oveja sirve para hacer hincapié en el precio pagado. Este texto y sus representaciones prefiguran de forma clara la Pasión de Cristo.

En Occidente, al Buen Pastor se le representa en innumerables viñetas y suele llevar un cordero en brazos. Esto sería una representación adecuada de la imagen de Yahveh en Isaías 40:11. Tiene poco que ver con el buen pastor de Lucas 15, que nos habla del precio que tiene que pagar el pastor para salvar a la oveja perdida.

...y vuelve a la casa. Al llegar, reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: «Alégrense conmigo; ya encontré la oveja que se me había perdido». (Versículo 6)

El pastor regresa al pueblo y se alegra *junto con la comunidad*. Es comprensible, ya que, como se comenta a continuación, es bastante probable que el rebaño pertenezca en parte a esos mismos «amigos y vecinos». En los pueblos, las casas de las calles estrechas suelen estar ocupadas por un clan familiar. Un clan de este tipo puede reunir de diez a doce familias. Cada hogar posee unas cuantas ovejas que le proporcionan la lana para la ropa de invierno. Una calle entera, en

total, puede poseer unas cien ovejas; es natural que se preocupen por el estado del rebaño. La pérdida de una oveja del rebaño es un motivo de preocupación para la comunidad entera.⁹ La familia, directa e indirecta, y la comunidad mantienen a la perdida; por tanto, todos se alegran de encontrarla. De la misma manera, una persona extraviada es una pérdida para toda la familia de Dios. Cuando un individuo se pierde, la comunidad debería lamentarse y, luego, el «pastor» que regresa con esa persona restaurada debería ser recibido por sus «amigos» con alegría, como un héroe.¹⁰

Los fariseos, como líderes religiosos, eran de hecho los «pastores de Israel». Así que es fácil entender que en esta parábola Jesús los esté responsabilizando de toda «oveja» (léase persona) que se pierda en la comunidad. En la parábola, el pastor hace cuatro cosas:

1. Se hace responsable de la pérdida.
2. Se pone a buscarla a toda costa.
3. Se alegra de cargar con la restauración
4. Se alegra junto a su comunidad por el éxito de dicha restauración.

Aquí, Jesús está poniendo el listón muy alto para la iglesia de cualquier época.

Les digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse. (Versículo 7)

El sutil humor de Jesús se hace evidente en este versículo. Los «justos» que «no necesitan arrepentirse» no existen. Naturalmente, la alegría en el cielo por ellos será mínima. Cuando concluye la parábola, ¡las noventa y nueve ovejas todavía siguen en el monte! ¿Cómo va a alegrarse la comunidad por unas ovejas que todavía no han vuelto? Los fariseos deberían haber recordado las palabras de Isaías: «todos

9. Bishop, *Jesus of Palestine* [Jesús de Palestina], p. 166. Mi propia experiencia confirma la visión de Bishop.

10. El término *amigos* es una palabra clave. Los fariseos, en los pueblos, tenían sus propios «clubes». Se llamaban *Khaburim* (amigos). Jesús está diciendo: «ustedes son “amigos” y deberían alegrarse conmigo cuando encuentro una oveja perdida; igual que los amigos del pastor de mi parábola se alegraron con él».

andábamos perdidos, como ovejas», así como las palabras del predicador en Eclesiastés 7:20: «No hay en la tierra nadie tan justo que haga el bien y nunca peque».

Pero es más importante cómo la oveja perdida simboliza claramente al pecador arrepentido. Esto sí que es una verdadera sorpresa. ¿Cómo va esta oveja a representar el «arrepentimiento»? Muy sencillo, Jesús está definiendo el arrepentimiento como «la aceptación de ser encontrado». Resulta que la oveja estaba perdida. El pastor paga el precio de ir a buscarla, encontrarla y restaurarla. La oveja, que se encontraba sola y aterrorizada, se alegra inmensamente de ser encontrada y, en el proceso, se convierte en un símbolo del arrepentimiento. El arrepentimiento no es una obra que se gane nuestro rescate. Lo que ocurre es que el pecador acepta ser encontrado.

En la lógica oriental se usa la construcción de una serie de ilustraciones similares con la idea de demostrar algo (ver Amós 3:3-8 y 1 Corintios 9:7-12). Aquí nos encontramos con tres parábolas sobre un mismo tema. Hay unos elementos dramáticos que se mantienen como una constante en las tres, otros que se desarrollan y otros más que producen un cambio de sentido. Por ejemplo, el primer y tercer relato se detienen, pero no terminan. Las tres parábolas llevan las mismas tres referencias simbólicas. Queda claro que la oveja perdida simboliza a los pecadores en su necesidad de reconciliación y que el buen pastor es un símbolo de Jesús. Las noventa y nueve representan a quienes escuchan. Sin embargo, en el primer relato, se deja a las noventa y nueve «en el monte». ¿Cómo podía el pastor disfrutar de la fiesta con sus amigos, a sabiendas de que las noventa y nueve se habían quedado allí desprotegidas? Se supone que va a guardar a la oveja perdida y volver enseguida al monte a buscar al resto del rebaño. Este gran vacío del primer relato queda finalmente cubierto por el tercero, como veremos más adelante. Esto nos conduce a la segunda parábola.

«O supongamos que una mujer tiene diez monedas de plata y pierde una. ¿No enciende una lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: “Alégrense conmigo; ya encontré la moneda que se me había perdido”.

Les digo que así mismo se alegra Dios con sus ángeles por un pecador que se arrepiente.» (Versículos 8-10)

¡Jesús está hablando de dinero! Siempre que hay dinero de por medio, las reacciones de las personas suelen ser viscerales y revestidas de hipocresía. Pero lo más sorprendente de esta parábola es su propia existencia. Si Jesús es el Buen Pastor, también es la Buena Mujer. Está claro que esa es la conclusión a la que quiere que llegue su audiencia. Jesús, que tenía como discípulos tanto a hombres como a mujeres, quería que su mensaje llegara a lo más profundo de los corazones de la gente. De ahí ese par de relatos. Por tanto, ¿cuál era el contexto cultural de la parábola de la moneda perdida?

Las campesinas del Oriente Próximo a veces llevan sus riquezas terrenales en monedas de oro o plata colgando de una cadena alrededor del cuello. A estas alhajas se las denomina «el banco de las mujeres». Se trata literalmente de un capital de millones de dólares. Cuando se divorcian o quedan viudas, esta riqueza les ayudará a mantenerse. Cuando el marido hace un regalo, suele tratarse de otra moneda perforada o de un medallón. Algunos comentaristas sugieren que esta costumbre se halla en el trasfondo de la parábola.

Pero hay una alternativa más probable. Las campesinas suelen llevar el dinero que necesitan para sus compras diarias en un trapo fuertemente anudado. La moneda de plata mencionada en este relato es una moneda griega que pesa 4,3 gramos.¹¹ Equivalía al salario de un día. Quizás la mujer había recibido esas diez monedas para ocuparse de su familia durante una semana o dos; las envolvió en un trozo de tela, pero el nudo se deshizo y se le cayó una de ellas. Se sentía avergonzada y compungida por no haber tenido más cuidado y no haber atado más fuerte el trapo. Durante los primeros siglos de nuestra era, las casas de pueblo de los alrededores del mar de Galilea solían tener el suelo revestido de yeso o de piedra lisa natural del mar de Galilea. Era común que se abrieran grietas y que las monedas cayeran en ellas, haciendo las delicias de los arqueólogos modernos que las encuentran. Las ventanas de las casas de ese periodo eran unas pe-

11. En la época de Lucas, esta moneda se hallaba fuera de circulación y había sido reemplazada por el denario. Lucas registra la palabra arcaica utilizada en el relato original. No es un relato de Lucas. Él se limita a explicar el relato de Jesús con fidelidad.

queñas aberturas colocadas a unos dos metros del suelo. La piedra usada en la construcción por esa zona es un basalto muy negro, que todavía añadía más oscuridad al hogar. Incluso a pleno día, lo natural sería que la mujer usara una lámpara si tenía que buscar una moneda.

Su frenética búsqueda se debía en parte a que era consciente de haberla perdido en casa. Estaba segura porque ese día no había salido para nada.

Los pecadores que Jesús recibía procedían de la casa de Israel, no de un país lejano. Formaban parte de la «riqueza» de la nación y podían ser rescatados. Si quienes criticaban a Jesús hubieran buscado diligentemente, también los hubieran encontrado.

La mujer es incluso más responsable de la pérdida de su moneda que el pastor de la de su oveja. El pastor tenía excusa. Después de todo, cuidaba de cien ovejas. Las ovejas, en cierta medida, tienen su propia voluntad y el monte es inmenso. Pero la mujer no puede culparse más que a sí misma. Mientras busca, no deja de refunfuñar: *¡Qué burra! ¿Cómo no habré asegurado mejor la moneda a la cadena? O, como prefiero yo: ¿Por qué no habré apretado más el nudo?* Sus remordimientos y su desesperación surgen del sentido de una innegable responsabilidad, y su alegría, como la del pastor, clama por ser compartida.

La mujer se hace francamente responsable de haber perdido su moneda (a diferencia del pastor). El pastor contó a sus amigos que «su oveja se había perdido». En cambio, la mujer les dice abiertamente que «encontró la moneda que había perdido».

El relato nos ofrece una breve mirada íntima a la vida en el pueblo. Los géneros de las palabras usadas nos cuentan que el pastor celebró una fiesta solo para hombres y la mujer una solo para mujeres. Según las costumbres culturales, resultaría bastante impropio, tanto para un hombre como para una mujer, mezclarse con miembros del sexo opuesto. Además, la vida rural goza de la plenitud de las cosas sencillas. Que una mujer encuentre la moneda que había perdido es un gran acontecimiento que merece ser celebrado. Así podría explicar cómo la perdió, cuándo descubrió que la había perdido, dónde estuvo buscando y cómo se sintió finalmente al verla brillar bajo la tenue luz

de su lámpara de aceite. El encuentro de un recaudador de impuestos perdido debería haber despertado unas emociones similares.

Ahora se espera del oyente o lector que pondere este par de relatos. Como ya hemos dicho, los tres protagonistas principales se hallan sobre el escenario, pero están mudos. Ni las ovejas ni las monedas pueden hablar. Nos encontramos en medio de una progresión doble. En el primer relato, la pérdida es *una de cien*. En el segundo, se trata de *una de diez*. En la parábola del hijo pródigo es *uno de dos*. La segunda progresión tiene que ver con las posibilidades que ofrece el lugar de encontrar el artículo que ahí se ha perdido. La oveja perdida se encuentra en la inmensidad del monte; la moneda queda confinada al interior de la casa. Pero los hijos se pierden al caer fuera del círculo del amor de un padre.

En el diagrama 1 encontramos a los actores y los personajes que representan.

Actores	La oveja perdida	La moneda perdida	El hijo perdido
Jesús	El pastor	La mujer	El padre
Los pecadores irreligiosos	La oveja perdida	La moneda perdida	El pródigo
Los fariseos	Los noventa y nueve	Las nueve	El hijo mayor

Figura 1: Las tres parábolas de Lucas 15

Esto nos lleva al tercer relato y al clímax de los tres.



CAPÍTULO 2

Ж

Desear la muerte

En esta lámina, leyendo de abajo a arriba, el hijo pide su parte de la riqueza familiar en vida del padre. Esto significa que desea la muerte de su padre.

Esperamos que pida su «herencia». Aunque considera esta opción, enseguida la descarta. No quiere la responsabilidad que eso conllevaría. Hace en cambio un largo y elocuente circunloquio. Su discurso es como la ascensión hacia una libertad imaginada por una escalera, cuyo último escalón es la palabra *riqueza*.



اللَّهُمَّ
 اجْعَلْ رِزْقِي
 مِنْ رِزْقِ
 الْغَنِيِّ
 وَاجْعَلْ رِزْقِي
 مِنْ رِزْقِ
 الْغَنِيِّ

de la riqueza يا ابي
 Me toca
 Que
 la parte _____
 — Mi herencia,
 Dame
 Oh padre mio

Desear la muerte

LUCAS 15:11-12

Ж

«Un hombre tenía dos hijos —continuó Jesús—».
(Versículo 11)

Esta parábola es la tradicionalmente llamada del hijo pródigo. Algunos ven en ella dos relatos. El primero nos habla de un hijo que se va. Luego, al final, se añade un relato más corto y menos importante sobre el hijo mayor que se queda en casa. No es este el caso. Nuestro texto empieza así: «Un hombre tenía dos hijos». La primera frase del relato menciona a los tres personajes principales. No podemos obviar a ninguno de ellos. Las relaciones entre los tres son sumamente importantes. El hermano mayor es claramente tan importante como el menor. Quizás a esta parábola le encajaría mejor el título: «El padre compasivo y los dos hijos perdidos».

El relato alcanza su clímax al final, en el patio, cuando el padre le implora a su hijo mayor que participe. Por eso hay que escudriñar con cautela y desde el principio las relaciones del hermano mayor. Esa ira que aparece al final del relato contra su padre y su hermano no tiene sus raíces en tierra árida. Si aplicamos la mirada del lugareño, nos encontramos con ciertos factores clave, que iremos examinando.

El menor de ellos le dijo a su padre: «Papá, dame lo que me toca de la herencia¹.»

Así que el padre repartió sus bienes entre los dos.
(Versículo 12)

1. La NVI en inglés (NIV) usa el término «hacienda», en lugar de «herencia».

En la sociedad rural, tal petición solamente podía significar una cosa: *el hijo menor espera la muerte de su padre con impaciencia*. La división de la hacienda paterna vendría a ser algo natural al final de la vida del padre, como ocurre en el relato de Abraham (Génesis 25:5-8). Al igual que Jacob no impartió su «bendición» a sus hijos (Génesis 48-49) hasta notar que su muerte era inminente.²

Tal y como ha señalado Joachim Jeremias, si el padre decidía dividir su propiedad, disponía de unos procedimientos legales, pero lo natural era utilizarlos solo cuando la muerte era inminente.³ En tal caso, se daba a un heredero el derecho legal de *posesión*, pero no el de *disposición*. La propiedad era suya, pero su padre seguía teniendo el control sobre la misma. Esta es justamente la situación del hijo mayor al final de la parábola, cuando el padre dice: «todo lo mío es tuyo». Pero, al mismo tiempo, el padre sigue teniendo la autoridad de ordenar el sacrificio del ternero. Al principio, el hijo menor pide, y le son concedidos, los derechos de posesión y de disposición. Pero ese no es el verdadero asunto.

Queda claro que esos eran los procedimientos legales si el padre decidía atenerse a ellos. Pero es impensable, y seguramente lo era entonces, que un hijo pidiera su parte de la riqueza familiar en vida del propio padre. Cualquier campesino de Oriente Próximo lo entiende intuitivamente. He puesto a prueba esta tesis en innumerables aldeas y por todo Oriente Próximo. La respuesta ha sido siempre la misma. Siempre he acabado teniendo una conversación similar a esta:

—¿Alguien del pueblo ha pedido alguna vez algo así?

—¡Nunca!

—¿Se atrevería alguien a hacerlo?

—¡De ninguna manera!

—¿Qué pasaría si alguien lo hiciera?

—¡Su padre se enfadaría mucho y se negaría!

—¿Por qué?

—¡Porque pedir esto significa *desear la muerte del padre!*

2. Esta bendición estaba claramente relacionada con la herencia.

3. Joachim Jeremias, *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella, Navarra, 2003, p. 128 de la traducción inglesa.

La universalidad de este arraigado concepto nos sugiere con contundencia que esta actitud tiene una gran antigüedad. Por todo Oriente Próximo, desde Argelia hasta Irán y desde Sudán hasta Siria, la respuesta es la misma. El testimonio bíblico está en armonía con tal supuesto.⁴

Debemos examinar lo que este versículo dice al lector acerca de los tres personajes principales de la obra, con este hecho central en mente.

El hijo menor

1. La petición es en sí una especie de motín. El pródigo ansía la muerte de su padre. Desde el punto de vista teológico, Jesús está afirmando que la humanidad se rebela contra Dios ¡y le quiere muerto!

2. Al pródigo le mueve su propio orgullo. Grita «dame la parte que me toca», como diciendo «que el diablo se quede con el resto». Un dicho popular tradicional de Oriente Próximo afirma que el hombre virtuoso «da lo correcto y toma lo correcto». Es decir, un hombre de honor da a cada cual lo justo y eso espera de todos. El padre tendrá más tarde la oportunidad de empezar a «tomar lo justo». Sin embargo, decide no hacerlo y ofrecer una inesperada efusión de amor. En este momento, el pródigo piensa solamente en sí mismo.

3. Se rompe una relación, no una ley. Según Deuteronomio 21:17, la parte que corresponde al hijo menor es un tercio. La ley no especifica que el hijo deba esperar a la muerte de su padre. El hijo no ha quebrantado la ley, pero sí el corazón de su padre.

4. Al pródigo le parece importar bien poco lo que haga sufrir a los demás miembros de la familia con su petición. No solo hace sufrir a su padre, sino a todo el clan familiar. La riqueza de una familia rural no está en acciones, depósitos ni cuentas corrientes. Se halla en un conglomerado de hogares, animales y tierras. Quedarse de repente sin un tercio de todo significaría una pérdida que haría tambalear al clan familiar en su totalidad. La parábola deja bien claro que el pródigo arregló sus asuntos en unos pocos días. Esto significa que liquidó sus bienes a prisa y corriendo, lo cual implica a su vez que lo hizo «a cualquier precio».

4. Esta actitud podría considerarse casi universal, trasciende a Oriente Próximo. ¿Hay alguna cultura en algún lugar que perdona una petición de este tipo?

Bienes acumulados durante generaciones se iban a perder en tan solo unos días. En Oriente, donde se pueden pasar días negociando la más mínima transacción, el hombre que tiene prisa por vender, vende barato. Al hijo menor le son indiferentes todas estas repercusiones.

5. El hijo menor es también un desagradecido. Aunque su padre ha derramado todo su amor, lo único que recibe a cambio es la amargura del rechazo.

6. No hay confianza. El hijo se hace con su propio destino. Parece sentir que ya no puede confiar en su padre para dirigir su vida.

7. El pródigo exige privilegios sin responsabilidades. Se vale de una frase larga y prolija. La manera natural y directa de decirlo hubiera sido: «quiero mi herencia». En las lenguas semíticas esto se dice en dos palabras. Sin embargo, él dice: «dame lo que me toca de la hacienda» (en árabe o hebreo, seis palabras). ¿A qué viene el circunloquio? Parece ser que intenta evitar el término *herencia*. *Herencia* (*klēronomia*) se usa catorce veces en el Nuevo Testamento; cuatro veces en Lucas.⁵ Aquí lo que encontramos es un extraño término (*ousia*) que solamente se usa en este relato y no vuelve a aparecer en todo el Nuevo Testamento. La cultura tradicional de Oriente Próximo nos vuelve a dar una explicación. Aceptar la «herencia» implica aceptar la responsabilidad del liderazgo en el clan familiar. El receptor está obligado a administrar la propiedad y a ayudar a resolver las disputas familiares. Debe defender el honor de la familia ante los contendientes (y con la vida si es necesario). Se compromete a incrementar la riqueza del clan y a representarlo con nobleza en los actos oficiales (como las bodas, fiestas y funerales). Debe «construir la casa de su padre». Pero esto es justamente lo que el hijo menor no quiere y no pide. ¡Quiere el dinero! La palabra *ousia* puede significar «riqueza» y «propiedad». Vuelve a aparecer en el versículo 13. Las traducciones más antiguas usaban el término general *substancia*. Su parte debían de ser propiedades que convirtió en dinero. No quería pedir su herencia, por la responsabilidad que ella conllevaba.

8. Corta sus raíces, toma su parte de los bienes y, en el proceso, rompe la relación con su padre. Con ello, él mismo se desprende de su verdadera herencia. Esa misma herencia que se negaba a pedir, ahora la deja escapar. En una aldea, la seguridad de un hombre es su familia. Es algo tan valioso como la vida misma. Su familia es su seguro médico, de

5. Mt 21:38; Mr 12:7; Lc 12:13; 20:14; Hch 7:5; 20:32; Gá 3:18; Ef 1:18; 5:5; Col 3:24; Heb 9:15; 11:8; 1P 1:4.

vida, su pensión de viudedad y su bienestar físico y emocional; es decir, lo es todo. El vínculo con la tierra y con la «casa de fulano y mengano» es un vínculo profundo.

«¿De dónde eres?» pregunta un habitante a otro. La respuesta no es una dirección, sino «soy del pueblo de fulano o mengano». Quizás no haya estado nunca allí, pero sus raíces lo están. Su clan familiar está allí. La «casa» de la cual forma parte está establecida allí. Forma parte de ese lugar. Allí será totalmente aceptado, a pesar de los pesares. Si se queda sin trabajo o necesita amigos, allí será bienvenido, aunque no le hayan visto jamás. Cuando diga «soy tal, hijo de fulano y de la casa de mengano» tendrá las puertas abiertas. El hijo menor se desprende de todo esto. Un hombre sin tales raíces es considerado un vagabundo y no es digno de confianza. Sugerir que un hombre «no tiene raíces» es un insulto imperdonable. Tomando prestada una peculiaridad de la teología medieval, el hijo menor ha repudiado una herencia considerable y, en consecuencia, su herencia circunstancial con el tiempo le juega una mala pasada. Ha sustituido lo permanente por lo temporal.

La imaginería de Jesús tiene una considerable riqueza. De hecho, Dios, nuestro Padre divino, ofrece a sus hijos la seguridad más profunda dentro del clan familiar. La «casa de Dios» debería significar para el creyente lo que la familia, directa e indirecta, significa para los aldeanos de Oriente Próximo.

9. El hijo menor se niega a ser propietario de su parte en sociedad con su padre. Cuando el chico está en casa, todas las propiedades del padre son también suyas. Pero esto no le basta al rebelde, que quiere ostentar todo el control sobre el dinero. Pide su parte totalmente al margen de esta sociedad. La idea bíblica de posesión está impregnada de este concepto de propiedad compartida con el Padre. La frase del Padre nuestro «danos el pan de cada día» presupone dicha visión del mundo.

10. El hijo menor es en sí totalmente responsable. Tendremos algunas palabras duras para su hermano, pero, desde el punto de vista del hijo pródigo, *él mismo* es el responsable. La oveja se puede haber perdido sin querer. La moneda era algo inanimado. Pero el hijo escogió deliberadamente herir a su padre en el corazón y romper todas sus relaciones con la familia.

El hijo mayor

Desde el inicio del relato también debemos intentar valorar los sentimientos y actitudes del hijo mayor. Hay una serie de puntos evidentes:

1. Desde luego, se sabe toda la historia. En un pueblo todos se enteran de todo al instante. La conversación entre el padre y el hijo menor debió de ser oída por los siervos o por cualquier otro miembro de la familia. Es posible que el mismo hermano mayor estuviera presente. Me ha pasado muchas veces que, en las casas de pueblo, hablando con la gente que hay en una habitación, de repente te sorprende una voz que contesta desde otra habitación o incluso desde el otro lado de la estrecha calle. Todas las personas que escuchan la conversación forman parte de la misma, aunque no se encuentren en la habitación donde esta tiene lugar. Es inconcebible que un incidente tan chocante no le llegara al hijo mayor con todo lujo de detalles. De hecho, todo el pueblo ya debería de estar al corriente antes de que se pusiera el Sol. Cuando el pródigo empieza a vender cosas, se despejan todas las dudas. El chico ya tiene su parte.

En las palabras de Eclesiastés encontramos reflejado este tipo de mundo:

No maldigas al rey ni con el pensamiento,
Ni en privado maldigas al rico,
Pues las aves del cielo pueden correr la voz.
Tienen alas y pueden divulgarlo. (Eclesiastés 10:20)

Resumiendo, en los pueblos todo se sabe.

2. El hijo mayor se niega a hacer de mediador. Cuando en los pueblos hay una disputa, nunca se resuelve directamente entre las dos partes afectadas. Si así fuera, uno de los dos dejaría de ser respetado, lo cual es inadmisibles. El proceso de reconciliación se efectúa por medio de un tercero, el denominado «mediador». Este va del uno al otro hasta que encuentra una solución aceptable para ambas partes. No puede haber ni ganadores ni perdedores. Luego, el mediador organiza un encuentro público en que los dos antagonistas se dan la mano, se abrazan y se besan como muestra de reconciliación. El mediador se selecciona en función de lo fuerte que es su relación con las partes en conflicto. En este caso, se sobreentiende que el hijo mayor sería el mediador escogido.

En los pueblos, cuando doy un sermón sobre este texto, siempre que llego a este punto pregunto: «¿Quién debe ser el reconciliador?»; los aldeanos siempre me contestan desde su asiento: «Su hermano, naturalmente». Todos lo saben. Además, debe empezar de inmediato. Es su deber dar el paso e intentar reconciliar a su hermano con su padre. La familia y la comunidad lo exigen. Pero nuestro hombre permanece en silencio. Se niega a asumir la sagrada responsabilidad que la tradición coloca sobre sus hombros. Queda claro que, por algún motivo, no quiere que se produzca la reconciliación. Aunque odiara a su hermano, aun así hubiera cumplido con su deber por el bien de su padre.

Las relaciones personales en Oriente tienen una importancia suprema. Por ti, por mi amigo, por mi familiar, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Esto llega a su clímax cuando se refiere al padre de uno. Por *él* estoy obligado a hacer todo lo que sea. Pero, en este caso, el hijo mayor se niega a hacerlo. Esta negativa es una clara indicación de una relación rota con su padre. Las cosas no van como deberían entre él y su hermano o entre él y su padre.

3. Quizás podemos proceder con cautela para sacar conclusiones de su callado rechazo a sus obligaciones. Bien podría ser parte de la razón de que su hermano se fuera. En Oriente se honra la edad. Hay un proverbio popular que dice: «Quien no tiene un anciano, lo compra». Significa que, si no tienes en la familia un anciano que dirija tu vida, mejor que te compres uno. Hay otro proverbio que dice: «Quien tiene un día más que tú, es un año más sabio». La segunda persona con autoridad sobre ti después del padre no es la madre, sino el hermano mayor. Al padre se le llama «padre de fulano», usando el nombre del hijo mayor. En el Antiguo Testamento, cuando el padre muere, el hermano mayor debe recibir el monto más grande de la herencia y hacerse responsable de la familia.⁶ Estos privilegios producen a veces una arrogancia insufrible. Quizás sea este el trasfondo de la parábola. La arrogancia del hermano mayor podría haber contribuido a la ruptura de la relación del hermano menor con su padre.

6. Lucas 12:13-21 registra la parábola del rico insensato. En la introducción, un hermano menor insiste a Jesús que ordene a su hermano mayor que le dé su parte de la herencia. Está claro que el padre ha muerto y el hermano mayor se ha hecho cargo del patrimonio. El hermano menor quiere reclamarle su parte, pero la autoridad del mayor sobre él se lo hace imposible; por eso acude a Jesús.

4. Cuando el hermano menor abandona el hogar, el hermano mayor guarda de nuevo silencio. No podemos recrear mucho más, debido a la brevedad del relato. Sin embargo, el padre, debido a su alejamiento respecto al hijo menor, no puede despedirse. La usanza no lo permitiría. De nuevo es la responsabilidad del hijo mayor. Cabría esperar que le suplicara que no se fuera y que le recordara el amor de su padre. Le hubiera podido decir, por ejemplo: «Hermano mío, tu padre está mayor. Quizás no lo vuelvas a ver. No nos dejes. Tu madre se quedará ciega de tanto llorar. No podemos soportar ni siquiera el pensamiento de tu partida». Si, aun así, el muchacho sigue decidido a marcharse, debería decirle que sus oraciones estarían con él, que invocarían la protección de Dios en su viaje y le suplicaría que volviera enseguida

Los terrores que implicaba un viaje en el Oriente Próximo de entonces eran considerables. Dichos terrores se mantuvieron hasta finales del siglo XIX y cuando un hijo se iba a un país lejano se pensaba que quizás no iba a volver. Si volvía, entonces se hacía una gran fiesta y se lanzaban salvas al aire como saludo. Incluso hoy en día he visto emotivas escenas de despedida en la estación de tren. Parece como si la familia estuviera enviando a su único hijo a morir en la guerra. Sin embargo, preguntas y te enteras de que el viajero se dirige a un pueblo a tan solo cincuenta kilómetros y que regresará el mes que viene. El terror del viaje y el pesar de la separación se agudizan cuando los lazos son tan estrechos como los de las familias de las aldeas. En la parábola falta todo este ritual y este trasfondo. El padre no puede decir todas estas cosas debido a su alejamiento. El hijo mayor se niega a decirlas debido a su actitud.

El padre

¡Qué decir del padre! Accediendo a la petición, hizo lo que jamás haría un padre en una aldea. La reacción esperada sería la negativa y el castigo. A sabiendas de lo que significa la petición, el padre le otorga la libertad incluso de alejarse de él. William Temple dijo en algún lugar que *Dios nos otorga la libertad de, incluso, rechazar su amor*. Pero, además, el padre sigue siendo el padre. No rompe la relación con su hijo. La relación está rota por el acto de su hijo, pero el padre todavía se agarra al trozo de cuerda que queda de esa relación, esperando que se pueda volver a juntar con el otro extremo. Eso comporta sufrimiento. Si el padre hubiera repudiado a su hijo, entonces no cabría ninguna posibilidad de reconciliación. El sufrimiento del padre da pie al posible retorno del hijo. Todo ello deja bien claro que Jesús no ha tomado como

modelo de Dios a un patriarca oriental. Más bien se libera de las ataduras de la cultura patriarcal para presentar esta incomparable imagen de un padre que únicamente debería conformar nuestra imagen de Dios como padre celestial.

Los tres actores de nuestra obra revelan su propio carácter desde el principio. Conocemos al hijo menor por lo que pide, al padre por lo que hace y al hijo mayor por lo que no hace.

El texto dice: «repartió sus bienes entre *los dos*». El hijo mayor recibe su parte al mismo tiempo. Está claro que el padre todavía goza de autoridad. Otorga el derecho de posesión, pero el hijo mayor no presiona para obtener el de disposición. Aun así, de entrada cada hijo recibe su parte de la hacienda familiar. Esto es crucial para entender la reacción del hijo mayor al final del relato.



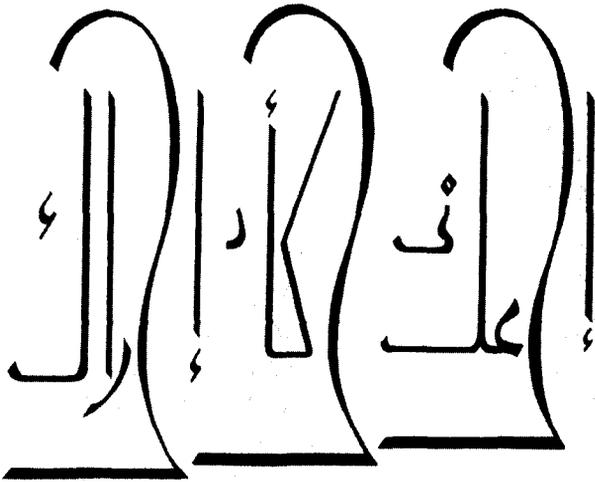
CAPÍTULO 3

Ж

Un plan para salir airoso

El pródigo está desesperado. Tiene que comer como sea. Finalmente, elabora un plan para salvaguardar su honor. Volverá a casa y trabajará de artesano. Si vive independientemente, podrá evitar a su hermano.

Aprenderá algún oficio, así ganará dinero, devolverá el del padre y se salvará por medio de su propio esfuerzo. Su humildad no es genuina; lo que quiere es comer. De derecha a izquierda, las caras empiezan con una expresión de remordimiento y terminan con una sonrisa mordaz.



Jornaleros como a uno Haz

Servos de tus A mi

Un plan para salir airoso

LUCAS 15:13-19

Ж

Poco después el hijo menor juntó todo lo que tenía y se fue a un país lejano; allí vivió desenfrenadamente y derrochó su herencia. (Versículo 13)

El pródigo tiene que «salir del pueblo» a toda prisa. La razón está clara. Va por el pueblo intentado «vender sus derechos de nacimiento por un plato de lentejas», al igual que cambia su herencia por un saco de monedas de oro. Las palabras *juntó todo* (*synagagon panta*) significan literalmente «convirtió todo en efectivo». ¹ La New English Bible traduce así este versículo: «Al cabo de unos días, el hijo menor convirtió en efectivo toda su parte, dejó el hogar y se fue a un país lejano». El desdén de la comunidad entera tuvo que ser considerable, ya que se apresuró a vender y marcharse. Se marcha, y lo único que le sigue es el amor de un padre destrozado.

Pero eso no es todo.

En el siglo primero era costumbre judía que, si un joven judío perdía la herencia familiar entre los gentiles y se atrevía a volver a casa, la comunidad tenía que romper ante él un gran recipiente y gritar «fulanito queda cortado de su pueblo». A esta ceremonia se la denominaba *Kezazah* (literalmente, «el corte»). Después de la misma, la

1. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, «συνάγω» en *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* [Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento y de otra literatura cristiana primitiva], University of Chicago, 195, Chicago, IL, 1957, p. 789.

comunidad ya no tendría nada que ver con la persona descarriada.² Al vender su herencia y llevársela consigo, el pródigo corre un riesgo tremendo; si pierde ese dinero entre los gentiles, habrá quemado los puentes y no podrá volver a casa. Ya no podrá reclamar ningún «derecho» y nadie le acogerá.

Viaja a un país lejano. La palabra griega para «se fue a un país lejano» (*apedēmēsen*) es un término lleno de colorido cuyo significado literal es: «se fue lejos de su propio pueblo». Lucas utiliza esta palabra solamente aquí. De hecho, el hijo menor ha abandonado a su propio pueblo. No tiene sentido especular a qué «país lejano» se podía haber referido, pero sí sabemos que se encontraba entre los gentiles, puesto que comían carne de cerdo y usaban a estos animales para los sacrificios. Recordará el oyente o lector que, en caso de perder el dinero en dicha comunidad, le espera la ceremonia *Kezazah*.

En ese país lejano «derrochó su herencia». La palabra «derrochó» (*dieskorpisen*) significa «dispersó». Se utiliza con referencia a dispersar al enemigo en el campo de batalla. También se usa en el sentido de dispersar un rebaño de ovejas, en el de dispersar la semilla al sembrar o en el de gastar dinero.³ No se explica de qué manera «dispersó» su dinero. La larga tradición interpretativa, que daba por sentado que el pródigo gastó sus recursos de manera inmoral, se basa en los comentarios difamatorios de su hermano mayor. Pero, de hecho, el hermano mayor no sabe nada y la parábola guarda silencio al respecto. Todo lo que sabe el lector es que se gastó el dinero. Además, la frase *zon asotos*, traducida como «desenfrenadamente», tiene como significado básico «vivir derrochando». Aristóteles describe así a un pródigo: «El pródigo es un hombre con una sola funesta cualidad, la de malgastar su sustancia».⁴

En cuanto al uso cotidiano de esta palabra en los primeros siglos, contamos con el registro de un anuncio público en que los padres de un hombre publican que su hijo, «viviendo con desenfreno», ha

2. Kenneth E. Bailey, *Jacob and the Prodigal* [Jacob y el pródigo], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 2003, p. 102, n. 8.

3. Véase Mt 25:24; 26:31; Mc 14:27; Lc 1:51; 16:1; Hch 5:37.

4. Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Libro IV. cap. I, Losada, Buenos Aires, 2007.

echado a perder toda su propiedad.⁵ En otro caso, una esposa expone una queja contra su marido por el mal uso que hace de su propiedad.⁶ Werner Foerster escribe: «En términos de uso general del griego, en Lucas 15:7 *zon asotos* habla de la vida disoluta del pródigo sin especificar la naturaleza de la misma; comp. v. 30. Simplemente se describe como una vida despreocupada y de derroche frente a la escasez que se le viene encima».⁷

Este es el único lugar del Nuevo Testamento en que se utiliza este adverbio. Durante siglos, las versiones árabes han traducido «una vida extravagante».

Si el pródigo es un habitante tradicional de Oriente Próximo, su patrón de conducta puede ser comprendido y reconstruido. El dinero se usa básicamente para establecer una reputación de generosidad. Se organizan grandes banquetes y se hacen regalos caros. La generosidad es una virtud suprema, por todos codiciada. La oportunidad de ganar estatus a los ojos de sus nuevos amigos por medio del ejercicio de esta virtud sería para esa persona el mejor de los placeres. Pero come del fruto de un árbol que ha dejado morir por falta de riego. Ha trasplantado su palmera al suelo de cemento.

*Cuando ya lo había gastado todo, sobrevino una gran escasez en la región, y él comenzó a pasar necesidad.
(Versículo 14)*

Lucas mide sus palabras. La palabra *gastado* vuelve a ser un término especial que significa «malgastar», «desperdiciar» o «despilfarrar». Continúa la imaginación del versículo 13. Cuando la herencia «poco corriente» del hijo menor se termina y el espectro del hambre se cierne sobre él cual amenazadora nube de tormenta, se da cuenta de que tiene un gran problema. ¿Por qué no puede volver a casa? Esa sería la solución más natural a sus problemas. Sin embargo, nuestro

5. James Hope Moulton y George Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament Illustrated from the Papyri and Other Non-literary Sources* [El vocabulario del Testamento Griego ilustrado a partir de los papiros y de otras fuentes no literarias], Eerdmans, Grand Rapids, 1952, p. 89.

6. Ibid.

7. Werner Foerster, «ἀσώτως, ἄσωτία», en el *Theological Dictionary of the New Testament* [Diccionario teológico del Nuevo Testamento], ed. Gerhard Kittel, trad. Geoffrey W. Bromiley, Eerdmans, Grand Rapids, 1964, 1:507.

hijo menor no lo hace; no todavía. ¿Por qué? Hay por lo menos dos razones que le retienen en ese país lejano.

En primer lugar, la idea de soportar el desdén de su hermano. Si vuelve, no solo iba a ser culpado por el pasado, sino también obligado a vivir de la herencia de su hermano. Tendría que «comer del pan de su hermano» y, por lo tanto, estar en deuda con su padre y su hermano, cuya hostilidad sería cada vez mayor. Se trata de una copa demasiado amarga; no puede beberla; por lo menos, todavía no. Su desavenencia con el hermano le impide relacionarse con el padre.

En segundo lugar, debe enfrentarse al pueblo. Ha roto su relación con la comunidad entera y ahora todos le desprecian. Se le hace duro imaginar ahí su vida. Habiendo quebrantado las reglas y «perdido su herencia entre los gentiles», siente la amenaza de la ceremonia *Ke-zazah*. La comunidad es implacable con el hombre caído. Los mendigos soportan unos agravios indecibles. Los niños juegan por las calles del pueblo y siempre están dispuestos a perseguir a cualquier desgraciado, mofarse de él e ir cantando insultos a la vez.

Marcos 10:46-52 nos cuenta cómo se compadeció Jesús de Bartimeo. El nombre Timeo es muy probable que provenga de la raíz hebrea «sucio». Así que Bartimeo significaría «hijo de la suciedad». Esas eran las palabras ofensivas que el populacho local otorgó a este mendigo.

Otro ejemplo de este tipo de mofa lo encontramos en la historia de Eliseo y la banda de muchachos. Aparentemente, el profeta Eliseo era calvo. Aunque era profeta, no se libró del escarnio de los niños del pueblo. El texto dice:

De Jericó, Eliseo se dirigió a Betel. Iba subiendo por el camino cuando unos muchachos salieron de la ciudad y empezaron a burlarse de él. «¡Anda, viejo calvo! —le gritaban—. ¡Anda, viejo calvo!» Eliseo se volvió y, clavándoles la vista, los maldijo en el nombre del SEÑOR. Al instante, dos osas salieron del bosque y despedazaron a cuarenta y dos muchachos. (2 Reyes 2:23-24)

El profeta fue excesivamente severo con sus represalias, pero cuando uno ha visto y experimentado la crueldad verbal de estos grupos,

con sus canciones de burla y escarnio, casi le complace leer que una vez, hace mucho tiempo, alguien les paró los pies. En los pueblos de Palestina me ha pasado que los hombres de la aldea, pensando que era un peregrino árabe y, por tanto, un invitado en el pueblo, me han escoltado para así mantener a la «pandilla» alejada. El pródigo iba a tener que enfrentarse a esta pandilla. Sería atacado verbalmente por ella, pero, en su caso, los adultos, en lugar de protegerle, se unirían a ella. ¡Había perdido su herencia entre los gentiles!

La parábola dice que «sobrevino una gran escasez en la región». También hay hambrunas en nuestro mundo del siglo veintiuno. Pero al menos hay comunicaciones y una comunidad internacional dispuesta a enviar ayuda. Pero antes de disponer de estas capacidades, una hambruna en Oriente Próximo era un horror indescriptible. Hubo una de estas en 1889 en Sudán. Por entonces, el éxito de la revolución llevada a cabo por un líder religioso llamado *Mahdi* había dejado a Sudán aislado del mundo exterior. Un oficial austríaco llamado Rudolf Carl von Slatin quedó atrapado en el país a causa de la revuelta. La hambruna sobrevino en el verano del 1889. Von Slatin logró escapar y escribió sus experiencias.⁸ Cuenta cómo se vendían los niños como esclavos para evitar que murieran de hambre. Habla de las personas que encontraba muertas cada mañana por las calles de Omdurmán, la capital. Cuando las cifras aumentaron, el gobernador de la ciudad declaró que era responsabilidad de todos los hombres tirar al río los cadáveres que encontraran delante de su casa. Entonces los habitantes de Omdurmán intentaban arrastrar los cuerpos que encontraban delante de su casa hasta la casa del vecino. Todas las mañanas había altercados por toda la ciudad porque los hombres se peleaban por el lugar donde habían caído muertas las personas. Los mercaderes tenían que tener a mano los látigos de cuero de hipopótamo para mantener a raya a los mendigos enloquecidos que les podían atacar y hacerse con sus tiendas. Los pequeños comerciantes que ponían sus mercancías en las calles se abalanzaban a protegerlas cuando aquellos desgraciados miserables pasaban por allí. Los hombres desarmados que se aventuraban a salir por la noche eran atacados y devorados. Los animales extraviados eran aniquilados y comidos crudos. La gente devoraba el cuero de los zapatos, la carne

8. Rudolf Slatin Pascha, *A fuego y espada en el Sudán*, Bruno del Amo, Madrid, 1930, pp. 453-56 de la traducción inglesa.

podrida y la basura; incluso las palmeras. Las familias de las aldeas, al ver que la muerte se les venía encima, enladrillaban las puertas de sus casas y la esperaban ahí dentro en una habitación para evitar que sus cuerpos fueran devorados por las hienas. Fue así como pueblos enteros quedaron borrados del mapa. La gente que escuchaba a Jesús debía de guardar todo este tipo de recuerdos en su memoria. El pródigo lo soportará casi todo antes que perder su orgullo y regresar en humillación a su familia y a su pueblo.

Así que fue y consiguió empleo con un ciudadano de aquel país, quien lo mandó a sus campos a cuidar cerdos. (Versículo 15)

El verbo traducido como «consiguió empleo» se usa en el Nuevo Testamento simplemente en el sentido de que un hombre se une a otro. Sin embargo, la palabra en sí (*kollao*) procede de la palabra cola (*kolla*) y se podría traducir también como «se pegó a» o «se adhirió a». De hecho, el pródigo se pegó a un ciudadano de ese país. Esta palabra también se utiliza con referencia a un hombre que «se une» a su mujer, al polvo que «se pega» en los pies, a «unirse» con una prostituta y al hecho de «aferrarse» a lo bueno. El verbo se utiliza doce veces en el Nuevo Testamento, siete de ellas en los escritos de Lucas.⁹

Esta práctica típicamente oriental persiste hoy en día. Aparcas el coche en el centro de una ciudad atestada de gente. Entre el bullicioso enjambre de las calles aparece un hombre. Te abre la puerta y empieza furiosamente a limpiarte el parabrisas que ya está limpio. Te coge la bolsa que llevas en la mano y te sigue hasta una tienda. Tratas inútilmente de librarte de él. Te recoge tus compras del mostrador y regresa contigo al coche. Naturalmente, espera que le pagues bien por su «fiel y leal servicio». Se te ha «pegado». Eso es lo que ocurre en nuestro relato.

El ciudadano de aquel país es muy probable que no quiera para nada al pródigo y que trate de librarse de él ofreciéndole un trabajo que el mendigo va a rechazar seguro. Esa es la práctica al uso en Oriente Próximo. El director de una escuela, si quiere prescindir de un maestro, no lo despide. Lo que hace es asignarle un trabajo que sabe que el maestro rechazará. La empresa que desea despedir a un empleado le

9. Véase Lucas 10:11; 15:15; Hechos 5:13; 8:29; 9:26; 10:28; 17:34.

ofrece un puesto en un lugar lejano. Sabe que el empleado lo rechazará y dimitirá. Con todo, el ciudadano del país lejano probablemente no quiera tener nada que ver con este mendigo, por el hecho de que tantos de ellos llaman a su puerta cada día. Este joven en particular es conocido en la comunidad. Debe de proceder de una familia de clase alta, porque llegó con hacienda. Por su forma de vestir y de hablar, saben que es judío. Eso significa que aborrece a los cerdos. Si le queda algo de honor, se negará a alimentarlos. En Oriente Próximo se sigue detestando a los cerdos: los musulmanes y los judíos porque lo dicta su religión; los cristianos, en su mayoría, por propia elección. Resulta difícil comunicar lo repulsiva que resulta la idea de alimentar cerdos a alguien cuya cultura y tradición les tiene aversión. Al hablar de granjas con la gente de estos pueblos, a menudo he sentido reticencia e incluso me ha dado vergüenza admitir que en mi país se crían cerdos. Pero el pródigo está desesperado. Acepta.

El texto nos dice que el propietario de los cerdos es un «ciudadano». Esto significa que es un hombre con ciertos medios y posición social. No todos los habitantes de un país eran ciudadanos. La palabra utilizada aquí se refiere seguramente a esa clase especial de unos pocos privilegiados que disfrutaban de plenos derechos en el gobierno de la ciudad, en una de las ciudades griegas de Oriente Próximo. Lucas, con una buena formación en griego, es el único autor de los evangelios que utiliza esta palabra (véanse Lucas 15:15; 19:14; Hechos 21:39).

Algunos pueblos cristianos de Oriente Próximo tienen a los cerdos como los «basureros» de la comunidad. Los dejan sueltos por las calles y se alimentan de basura y estiércol. El ganadero moderno, con sus bonitas granjas de cerdos con comederos de hormigón, queda, en pensamiento y en práctica, a años luz del mundo de nuestra parábola.

Tanta hambre tenía que hubiera querido llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero aun así nadie le daba nada. (Versículo 16)

El pródigo estaba desesperado por comer de lo que echaban a los cerdos, pero su estómago no podía digerirlo. El vocablo griego que hay detrás de «hubiera querido» es una palabra fuerte. Significa entre otras cosas «deseo», «lujuria», «apetencia» y «anhelo». También se

refiere al deseo sexual. Es la palabra que usa Jesús cuando dice: «*He tenido muchísimos deseos de comer esta Pascua con ustedes antes de padecer*» (Lucas 22:15).

Además, como judío, el pródigo probablemente no se rebajaría a comer los restos de carne de cerdo que se dejaban a los pastores cuando el señor ciudadano mataba algún animal de la piara. Si ya era lo suficientemente repugnante el tener que alimentar a los cerdos, ¡comer sus vísceras era algo impensable!

El versículo no dice que el hijo *comiera*, sino que *hubiera querido* hacerlo. Le hubiera gustado ser cerdo para poderse comer las vainas que daban a los cerdos.¹⁰ Éstos vivían mejor que él. Sus estómagos estaban llenos, mientras que el suyo estaba vacío.

Está claro que intentó mendigar. Las carretas y la gente van por los mismos caminos que el ganado. Probablemente seguía cuanto podía a quienes pasaban, extendiendo la mano y emitiendo en vano un lastimoso gemido de súplica, ya que «nadie le daba nada».

Su desesperación alcanzó mayor profundidad. No se había quedado sin cuerda del todo; no todavía. Pero su absoluta necesidad llegó a ser mayor que la vergüenza que iba a pasar ante su padre, su hermano y en el pueblo. El brutal peligro al que iba a ser expuesto en el pueblo era ahora inevitable. Se moría de hambre y ¡un hombre tiene que comer como sea!

De ninguna manera se planteó en serio el volver a casa hasta haber probado sin éxito todas las demás alternativas. Pronto iba a estar demasiado débil para caminar hasta allí, así que debía regresar mientras todavía le quedaran fuerzas para el viaje.

Por fin recapacitó y se dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen comida de sobra, y yo aquí me muero de hambre! Tengo que volver a mi padre y decirle: Papá, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco que se me llame

10. La palabra equivalente a «vainas» es *keration*, que puede referirse a las vainas de las semillas del algarrobo (*Ceratonia siliqua*), una variedad de la falsa acacia. Estas vainas se pueden hervir para obtener melaza. Un ser humano no puede sobrevivir tan solo a base de algarrobas; los cerdos sí.

tu hijo; trátame como si fuera uno de tus jornaleros.» (Versículos 17-19)

El hijo menor finalmente «recapacitó» y decidió volver a casa. Durante siglos se ha interpretado esta frase en el sentido de que «se arrepintió». Pero ¿fue así? En su soliloquio desde el país lejano no expresa ningún remordimiento, solamente el *deseo* de comer. No dijo: «deshonré a mi familia», ni «he causado una gran pena y angustia a mi padre». Ni siquiera se lamenta de haber perdido el dinero. Habla consigo mismo y piensa, en efecto: *otros comen mientras yo paso hambre; tengo que hacer algo*. Algunas versiones árabes lo traducen como «se espabiló». Durante 1800 años, las versiones árabe y siríaca jamás han utilizado en este texto un lenguaje que implique arrepentimiento.

Su problema era que había perdido el dinero entre los gentiles y sabía que al regresar a casa tendría que enfrentarse a la ceremonia *Kezazah*. La restauración para con la familia y la comunidad solamente era posible (según pensaba) después de haber devuelto el dinero que había perdido. Pero no era un negociante. De ahí su plan de prepararse para trabajar con los demás jornaleros. Solamente así podría ahorrar dinero (como los demás trabajadores), compensar sus pérdidas y algún día recuperar su lugar en la familia y la comunidad.

Pero, para ser aceptado como aprendiz en algún trabajo, necesitaba el respaldo de su padre. Por tanto, su táctica era la de presentar «un discurso muy humilde» que convenciera (eso esperaba) a su padre y este le respaldara; ¡solo una vez más!

Tristemente, el pródigo todavía no entiende la naturaleza de su pecado. Piensa que se trata del dinero perdido. ¡No es eso! Se trata del corazón roto de su padre. El problema no es el haber quebrantado la ley sino el haber quebrantado la relación. Si se trata de un siervo, este puede conseguir trabajo, ganar dinero y saldar sus deudas. Pero tratándose del hijo, el padre no quedará satisfecho con tal solución. Todavía no ha entendido nada. De ahí la naturaleza de la «confesión» que se propone.

Planifica con mucho tacto las primeras palabras que va a decir. Prepara lo siguiente: «Papá, he pecado contra el cielo y contra ti». Jesús se dirigía a un público erudito. Esta frase es una paráfrasis de lo dicho

por el faraón a Moisés tras las primeras nueve plagas. Al sentirse el faraón cada vez más presionado frente a Moisés, finalmente cedió, mandó llamar al profeta y confesó: «He pecado contra el SEÑOR su Dios y contra ustedes» (Éxodo 10:16). El lenguaje de la versión aramea de este texto todavía se parece más a Lucas 15:18 que el hebreo.¹¹ Todo el mundo sabe que el faraón no se estaba arrepintiendo de verdad. Más bien trataba de manipular a Moisés conforme a sus propios intereses. La aparición de una nueva versión de esta frase tan conocida que había pronunciado el faraón deja claro que el pródigo intentaba algo parecido. Quería manipular a su padre para que confiara en él, una vez más, y respondiera por él ante un patrón de reputación que le permitiera abrirse camino trabajando de aprendiz. No por gracia; ¡podía salir adelante por su propio pie! No se ofreció a convertirse en esclavo (*doulos*). No se paga a los esclavos. Necesitaba dinero y quería prepararse para trabajar como *misthios* (jornalero especializado).¹²

Recordaba que los jornaleros tenían «comida¹³de sobra». En el pueblo el pan es el producto base. Todas las comidas consisten en pan acompañado de alguna otra comida.

Para comer, la gente de los pueblos de Oriente Próximo rompe trozos pequeños de pan, de uno en uno, y los usa para servirse la comida del plato principal. La misma palabra *pan* tiene unas fuertes connotaciones emocionales ausentes en el inglés. Cuando un aldeano dice «somos gente que come pan», está diciendo «somos pobres y tenemos poco más que comer». El hombre no trabaja para «ganarse la vida», sino para «comer pan». El lenguaje de Oriente Próximo está lleno de referencias idiomáticas al pan. A la vida misma se la llama «comer pan». Estas actitudes hacia el pan impregnan todo el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el libro de Job, se describe a la persona

11. El *Targum Onkelos* introduce la palabra *qadam* («en presencia de»), que aparece en Lucas 15:18 en la palabra griega *enopion*, que tiene el mismo sentido. Ni la palabra *qadam* ni su equivalente aparecen en el texto hebreo. Véase Alexander Sperber, *The Bible in Aramaic* [La Biblia en arameo], Brill, Leiden, 1959, 1:105.

12. Kenneth E. Bailey, *Poet and Peasant and Through Peasant Eyes* [Poeta y campesino y A los ojos de un campesino], Eerdmans, Grand Rapids, 1980, pp. 176-77.

13. La NVI en inglés (NIV) traduce «pan», en lugar de «comida».

malvada como la que «vaga sin rumbo en busca de alimento» (Job 15.23) y Jesús hace referencia a Judas como «el que comparte el pan conmigo me ha puesto la zancadilla» (Juan 13:18). En el Padrenuestro pedimos el pan, no la comida.

«Pan de sobra» es más de lo que muchos se atreven a esperar. El pródigo recuerda que en la casa de su padre incluso los jornaleros gozan de este raro lujo.

El uso de *tengo que volver*¹⁴ añade a la historia un matiz muy afinado. El pródigo, como preludeo a su maquinación, se dice a sí mismo: *me levantaré e iré*. Se necesita una «resurrección» y llegado a este punto piensa que puede conseguirla por sus propios medios. Esta misma palabra reaparecerá en boca del padre con un poder impresionante.

En el país lejano, cuando el pródigo utiliza esta palabra de peso no está contemplando la reconciliación o la restauración de su rango de hijo. Antes de que termine la historia sí que habrá una «resurrección» genuina, en los alrededores del pueblo y gracias al dispendio de amor de su padre.

En el aspecto negativo de la confesión del pródigo aparecen toda una serie de actitudes sutiles. Quizás nos vaya bien resumirlas brevemente. Estas serían algunas de ellas:

1. No vivirá con la familia, sino en una aldea cercana con otros trabajadores. Por tanto, no tendrá que convivir con su odiado hermano. Si su plan sale adelante, ese mismo odio le impedirá relacionarse con su padre. No puede vivir con su padre sin aceptar a su otro hijo como hermano. Si su maldito hermano se fuera de la casa, su problema sería mucho más sencillo.

2. Como trabajador asalariado espera «recuperar» lo que ha perdido. En los tiempos bíblicos era común que la persona con deudas se vendiera durante un periodo concreto de tiempo a cuenta de sus deudas (ver Levítico 25:39-55; 2 Reyes 4:1; Mateo 18:25). El pródigo ha perdido el dinero de la familia, pero espera redimirse sin ayuda. Cuando haya pagado la deuda recuperará el respeto del pueblo.

14. En inglés, «tengo que levantarme».

Su padre seguro que quedará impresionado de su «humildad», en el principio del proceso, y del éxito conseguido, al final.

3. Piensa que la relación con su padre va a ser la de siervo y patrón. Con su mentalidad, eso sea probablemente lo que entiende. Al principio de la historia había rechazado las responsabilidades de la herencia. Ese rechazo inicial implica claramente que también rechazaba su auténtico rango de hijo. La contraposición entre hijo y siervo fue un tema básico entre Jesús y los fariseos. Hoy es un tema básico entre el cristianismo y el islam. ¿Somos nosotros los siervos de Dios y él el Maestro de la ley? ¿O somos sus hijos amados y él un padre compasivo?

4. El pródigo todavía no ve que no se trata de haber quebrantado la ley (el dinero) sino de haber quebrantado una *relación*. Todavía no comprende lo que ha hecho y lo que realmente significa. En ese país lejano, la propuesta de trabajar de jornalero le parece un plan excelente. No ha afrontado el hecho de que rompió el corazón de su padre. Por eso no se le ocurre pensar en cómo sanar ese corazón roto. Piensa que con devolver el dinero todo quedará solucionado.

5. La reconciliación no forma parte de su plan inmediato. Quiere comer y eso es lo que dice. Está trabajando en un país lejano y se muere de hambre. Si consigue aprender un oficio, establecerse con un nuevo trabajo y ganar un salario decente, podrá comer. No ha hecho frente a su propio pecado y por eso le cuesta entender lo que significa la reconciliación y el coste que conlleva. En el sentido más profundo, el pródigo no está volviendo a casa. Vuelve a la servidumbre. Mientras siga teniendo la misma actitud, seguirá en un país lejano en lo espiritual, aunque físicamente se acerque a su pueblo natal. Resumiendo, sigue perdido en los alrededores del pueblo.



CAPÍTULO 4

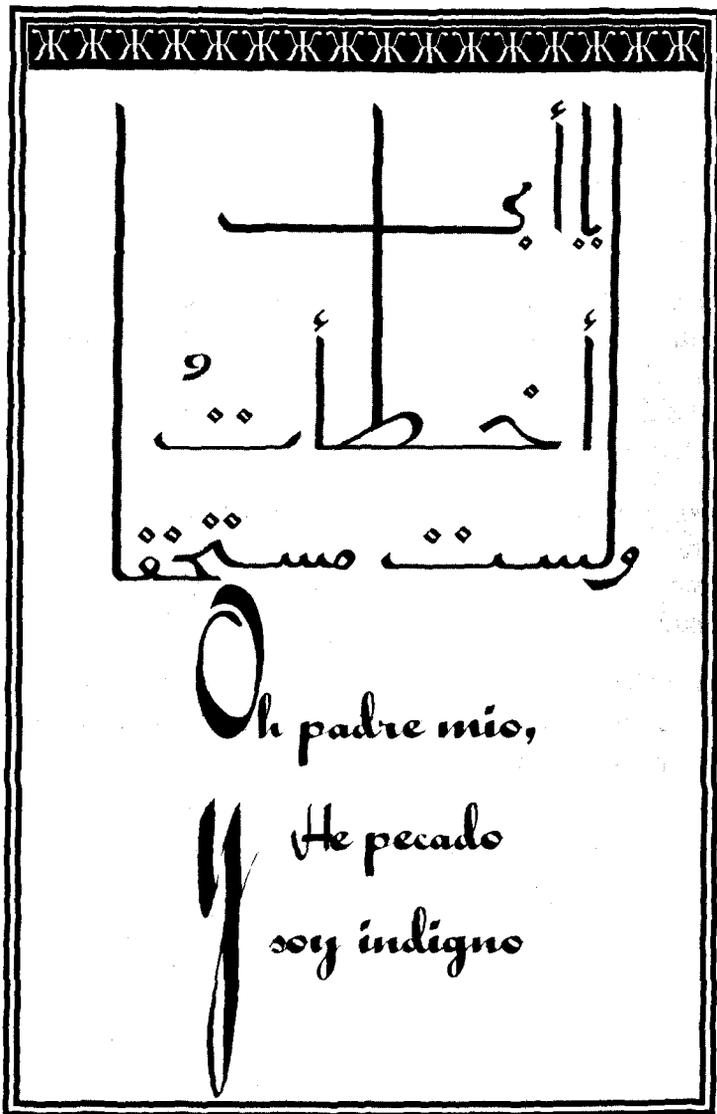
Ж

Un cara a cara explosivo

Siempre que juntamos «padre mío» con «he pecado», hay una cruz.

Al igual que la segunda lámina, esta también empieza por «padre mío», solo que ahora las palabras del pródigo se cruzan hacia la parte inferior de la página. Tal y como lo había ensayado en el país lejano, se trata de un intento de manipulación. Aquí, en los aledaños del pueblo, revisa las palabras y omite algunas, y el intento de manipulación emerge como una sincera confesión de indignidad.

La cruz del sufrimiento del padre ha estado siempre ahí. Pero ahora, tras el explosivo reencuentro en el camino, el pródigo la ve por fin.



يا ابي
انطت
وست مستر

Oh padre mio,

He pecado
soy indigno

Un cara a cara explosivo

LUCAS 15:20-24

Ж

Así que emprendió el viaje y se fue a su padre. Todavía estaba lejos cuando su padre lo vio y se compadeció de él; salió corriendo a su encuentro, lo abrazó y lo besó. (Versículos 20-21)

Las cosas no salieron como el hijo se esperaba. Lo que ocurrió fue todo menos ortodoxo, se mire como se mire. El joven había caído en desgracia al principio del relato al pedir su herencia y todavía se había rebajado más al venderla.

Cuando el pródigo regresó al pueblo, pensaba que el padre estaría recluido en su casa mientras él se abría paso por las calles. En ese proceso, como mínimo, iba a ser «subyugado» por la gente del lugar.

Cuando descubrieran que el dinero se había perdido entre los gentiles, pondrían en marcha la ceremonia *Kezazah*. Entonces el hijo se vería obligado a sentarse durante cierto tiempo delante de la entrada de su casa hasta que se le permitiera siquiera ver a su padre. Finalmente sería requerido. Después de haber sido rechazado por la gente del pueblo, el padre estaría muy enfadado y el chico se vería obligado a disculparse por todo y a suplicar un trabajo de jornalero en el pueblo de al lado.

Pero no es esto lo que ocurre. En el pueblo nadie piensa o actúa como individuo, sino como parte de un compacto tejido social. La

solidaridad del individuo con la comunidad es inquebrantable. El padre, sin embargo, reacciona de una manera totalmente contraria a su cultura. Se salta todas las normas del patriarcado oriental y corre a reconciliarse con su hijo.

La palabra *correr*, en griego (*dramon*), es el término técnico usado para las carreras en el estadio. Pablo usa esta palabra en varias ocasiones con este sentido (1 Corintios 9:24, 26; Gálatas 2:2; 5:7; 2 Tesalonicenses 3:1; Hebreos 12:1). Lucas es un hombre con educación que escoge las palabras con mucho tiento. Por eso, podríamos traducir la frase de esta manera: «su padre lo vio, se compadeció y *salió a la carrera*». Ni se arrastra lentamente, ni camina rápido: ¡sale a la carrera! En Oriente Próximo, un hombre de esa edad y posición *siempre* anda despacio y con dignidad. Podríamos asegurar que no había corrido a ningún sitio bajo ningún pretexto desde hacía cuarenta años. En el pueblo, la gente de más de veinticinco años nunca corre. Pero en esta ocasión el padre sale a la carrera por el camino. Para ello tiene que sostener con las manos el extremo de su túnica, como un adolescente. Con ello, sus piernas quedan al descubierto, lo cual se considera humillante. Todo ello le resulta dolorosamente vergonzoso. Los callejeros dejarán de atormentar al pródigo y en su lugar correrán tras el padre, asombrados de ver cómo este respetable anciano se humilla públicamente. Es la «compasión» lo que incita al padre a salir corriendo al encuentro de su hijo. Sabe lo que su hijo se va a encontrar en el pueblo. Asume la vergüenza y la humillación debidas al pródigo.

El misterio y la maravilla de Dios en Cristo son algo imposible de captar en una parábola cualquiera. Aun así, en este incomparable relato encontramos una clara indicación de al menos una parte del significado de estas cosas. El padre, en su casa, representa claramente a Dios. La mejor comprensión del texto es que el padre deja la casa y asume una postura humillante en la calle, se convierte en un símbolo del Dios encarnado. No espera a que el pródigo venga a él, sino que paga un gran precio al salir a encontrar y resucitar a quien estaba perdido y muerto. Estas acciones (vistas en el contexto de Oriente Próximo) afirman claramente una de las cotas más profundas del significado de la encarnación y la expiación. Pablo afirma esta misma verdad con su gran frase: «en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo» (2 Corintios 5:19). En el evangelio de Juan,

Jesús dice: «el Padre y yo somos uno» (Juan 10:30). El misterio de la plenitud de Dios en el Hijo, en su encarnación, nos supera. Sin embargo, esta parábola nos describe a un padre que abandona la comodidad y la seguridad de su hogar para humillarse ante todo su pueblo. La salida al encuentro de su hijo es una parábola de la encarnación. Esa costosa manifestación por las calles del pueblo de un amor inesperado nos demuestra una parte del sentido de la cruz.

Cuando el padre sale corriendo por la calle, medio pueblo le sigue. La conversación que tiene lugar en las afueras del pueblo es seguida por un grupo de personas que se queda a escuchar. Está claro que los siervos forman parte de ese grupo, ya que el padre se dirige a ellos por el camino. Todo lo dicho habrá llegado pronto a todos los hogares de la aldea. Las acciones del padre son un drama de reconciliación que puede reconciliar al hijo con su casa y con su gente. Después de esta escena, nadie en el pueblo podrá rechazarlo ni despreciarlo.

Hay una serie de orientalismos que exigen una explicación. La palabra griega equivalente a «tener compasión» (*splanchizomai*) tiene de raíz «entrañas» (*splanchnon*). En Oriente, los griegos y los hebreos pensaban que el centro de las emociones era el abdomen. Sus percepciones son fáciles de entender. Cuando algún amigo íntimo o familiar lo pasa mal, o incluso cuando pensamos en un posible accidente, sentimos una fuerte contracción en el abdomen. Para los griegos el abdomen era el núcleo de las pasiones violentas como la ira y la lujuria. Los hebreos, sin embargo, lo entendían como el centro de las emociones tiernas, como la bondad y la compasión. Hoy, en los pueblos se sigue hablando de la misma manera. Cuando alguien escucha una historia triste especialmente emotiva, dice «me estás cortando las tripas». O cuando un buen amigo se va, sus compañeros dirán «no nos cortes las tripas», en el sentido de «si te vas, nos vamos a quedar muy tristes». El padre ve a su hijo de lejos, antes de llegar a las afueras del pueblo, y sabe lo que al pródigo le va a tocar sufrir cuando tenga que pasar por las calles del pueblo. Al padre «se le cortan las tripas» por su hijo. Por tanto, sale corriendo.

Además, el padre besa a su hijo. La palabra *besó* (*katephilesen*) significa o bien «besó una y otra vez» o «besó con ternura». El primer significado es el más probable. En Oriente Próximo, tanto en las despedidas como en las bienvenidas, se espera que los hombres del

grupo que sea se besen unos a otros. Besar con «ternura» sería algo femenino y quedaría fuera de lugar. Pero «besar una y otra vez» con masculinidad sería la expresión natural de una profunda compasión.

Con un poco de imaginación, entenderemos fácilmente el intenso temor que invadía al hijo pródigo mientras recorría los últimos kilómetros hasta el pueblo. El castigo tan vergonzante que le esperaba bastaría para aterrorizar a cualquiera. Pero al llegar se encuentra con un inesperado dispendio de amor de su padre. Ese amor había estado siempre ahí, pero no lo había visto. Ahora el amor se hace visible y por vez primera es capaz de entenderlo.

El islam reivindica que en este relato el chico se salva sin necesidad de salvador. El pródigo regresa. El padre le perdona. No hay cruz, no hay sufrimiento y no hay salvador. Pero no es así. La encarnación y la expiación están dramáticamente presentes en el relato y forman su primer clímax. En el sufrimiento de la cruz, lo primordial no fue la tortura física sino la agonía del amor rechazado. En esta parábola, el padre sufre dicha agonía durante todo el tiempo de la separación. La posibilidad misma de reconciliación se basa en ella. El padre podía haber cortado la relación y haberse quedado tan tranquilo, como si jamás hubiera tenido un hijo. Así, con el tiempo, el sufrimiento se hubiera ido calmando y la posibilidad de que el pródigo volviera, desapareciendo.

Toda persona afectada por el mal tiene dos alternativas. Una opción es sufrir y perdonar a través del sufrimiento. La otra es buscar la venganza. La venganza evita el sufrimiento. Hay un proverbio popular que dice: «como no pudo golpear al burro, le dio a la silla». El trasfondo de este proverbio es la historia de un hombre que va sobre su burro. El burro se descontrola, empieza a galopar y el hombre cae al suelo con la silla de montar. Maldiciendo, corre tras el burro con un palo en la mano, pero no puede alcanzarlo. Entonces vuelve y descarga su ira a golpes contra la silla de montar. De la misma manera, los hombres y las mujeres a menudo intentan vengarse de la fuente de su sufrimiento. Si no está disponible, buscan un sustituto; cualquiera.

Los habitantes de las montañas de Etiopía cuentan una gráfica historia con esa misma moraleja. Un elefante va por la selva y, sin darse cuenta, pisa al hijo del leopardo y lo mata. El leopardo quiere venganza. Reúne a sus amigos leopardos y piensan lo que pueden hacer.

«¿Quién ha matado al hijo del leopardo?» pregunta uno de ellos. No hay respuesta. Tienen miedo de decir «el elefante». Finalmente, un joven leopardo se levanta y grita «¡las cabras! ¡Las cabras han matado al hijo del leopardo! ¡Han sido las malvadas y vengativas cabras! Deben pagar por su crimen». Todos los leopardos a una lanzan un rugido, salen todos a la vez y asesinan a cientos de cabras para vengar la muerte del hijo del leopardo.

El sufrimiento del padre al principio de su separación no tiene ningún efecto sobre el pródigo. Ni siquiera es consciente del mismo. El hijo tiene que ser testigo de lo que ha sufrido su padre por él. Si no lo ve, el hijo es demasiado duro como para descubrir el sufrimiento de su padre y entender que él es la causa del dolor. Sin esta manifestación visible, el pródigo regresará a casa como siervo. Lo más seguro es que cada vez se vaya pareciendo más al hijo mayor. Sin esta demostración visible de amor, no hay reconciliación posible. ¿No es esta historia la manera en que Dios hace frente al pecado del mundo en el Génesis?

¿Cómo responderá el pródigo a este desbordante dispendio de amor?

Papá, he pecado contra el cielo y contra ti.

Ya no merezco que se me llame tu hijo. (Versículo 21)

Increíblemente aturdido, el pródigo cambia de opinión y ¡no termina de decir lo que quería! Deliberadamente, deja de lado la oferta de convertirse en jornalero. ¡No intenta ofrecer ninguna solución a su distanciamiento! Está desbordado y lo único que puede hacer es ponerse a merced de su padre y decir «ya no merezco que se me llame tu hijo». Se rinde por completo a la voluntad de su padre. Al principio del relato insistía en ser libre y controlar su propia vida. Ahora deja su destino enteramente en manos de su padre. Se siente desbordado por el inesperado y costoso derramamiento de amor. Las palabras pensadas originariamente para manipular se transforman en una expresión genuina de arrepentimiento.

En Occidente, la interpretación tradicional ha sido que el padre interrumpió al hijo y no le dejó terminar lo que quería decir. Pero lo que pasa es que se siente desbordado por la conciencia de que su verdadero pecado no es haber perdido el dinero, sino el daño causado a su

padre. La realidad y la envergadura de su pecado, así como la intensidad del sufrimiento causado a su padre, le desbordan. Se le enciende la conciencia y se da cuenta de que no puede hacer nada para solucionar lo que ha provocado. Su propuesta de trabajar como jornalero ahora le resulta blasfema. *No se trata de una interrupción. Cambia de opinión y acepta el ser encontrado.* De esta manera, cumple con la definición de arrepentimiento que Jesús nos da en la parábola de la oveja perdida. Al igual que la oveja perdida, ahora el pródigo acepta el ser encontrado.

Cuando el padre observa que el hijo no tiene ideas brillantes para resolver el problema de la rotura de su relación, él mismo ordena una fiesta, al igual que el pastor y las mujeres.

Pero el padre ordenó a sus siervos:

*«¡Pronto! Traigan la mejor ropa para vestirlo. Pónganle también un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero más gordo y mátenlo para celebrar un banquete. Porque este hijo mío estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado.»
Así que empezaron a hacer fiesta. (Versículos 22-24)*

Los siervos acompañaban al padre por el camino. El padre se dirige a ellos y les ordena que vistan al chico como a un hijo. No dice al chico «ve, lávate, afeitarte y ponte algo de ropa decente». Lo que hace es ordenar a los siervos que le traigan la mejor ropa y lo vistan. Tienen que honrarle como a hijo de ese hogar.

La «mejor ropa» naturalmente es la mejor ropa del padre. En la historia de Ester, se pregunta a Amán qué piensa que debe hacer el rey por el hombre a quien desea honrar. Su primera sugerencia es vestirlo con unos atuendos reales que haya llevado el rey (Ester 6:1-9). El pródigo asistirá al banquete ataviado con la ropa más elegante de su padre. Los invitados esa noche se darán cuenta de ello y lo tratarán con respeto gracias a su atuendo. Entenderán que ha recuperado totalmente su rango de hijo.

El anillo seguramente es el sello del hogar. José también recibió las vestiduras y el anillo del faraón (Génesis 41:41-42). Sabemos por registros primitivos que la palabra usada aquí (*daktylios*) se refiere a un

anillo con sello. En un caso se refiere al sello de un contrato matrimonial, en otro al de una voluntad.¹ El Antiguo Testamento cuenta con múltiples ejemplos de anillos con sello.² Todavía hoy, en los pueblos se firman documentos oficiales con el sello del anillo de la familia. Dar un anillo de estos al pródigo resultará particularmente irritante a su hermano mayor, ya que significa que se le ha confiado el sello al pródigo. Al hermano mayor se le ha prometido el resto de la hacienda. ¿Qué va a hacer el pródigo con el poder de ese anillo?

Llevar sandalias en los pies también puede ser un símbolo de su nuevo rango. Los esclavos van descalzos. Los hijos llevan sandalias.

La comunidad del pueblo del pródigo está formada por varios grupos de personas distintas. Se relacionará con la familia, los siervos y jornaleros de la familia, la gente del pueblo y los ancianos del pueblo. El padre tiene el tacto de restablecer la relación del chico con cada uno de ellos. Vaciándose de amor, restaura la relación del pródigo con la familia. Ordena a los siervos que lo «vistan». Con ello, los siervos se ven obligados a tratarle con respeto, como a su patrón. La bienvenida inicial es pública. Es decir, se restaura la relación del pródigo con todo el pueblo. Durante el banquete, el pródigo lleva las ropas más caras de su padre. Los ancianos tendrán también que aceptarle por lealtad al padre. Pero todavía no hay plan para restaurar una última relación rota. Será la más difícil de enmendar. ¡Su hermano sigue en el campo! Cuando llegue, puede que le guste lo ocurrido, o no.

Solamente el padre es capaz de reconciliar y la reconciliación solo se da a través de la gracia. El hijo menor no trae a casa más que un puñado de trapos sucios.³ Los fariseos se quejaban de que Jesús aceptara a los pecadores y comiera con ellos. Jesús no se disculpa de manera condescendiente y dice «después de todo, son gente desafortunada».

1. James Hope Moulton y George Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament* [El vocabulario del testamento griego], Eerdmans, Grand Rapids, 1963, p. 136.

2. En el Antiguo Testamento Griego (LXX), esa misma palabra (*daktylios*) traduce más de treinta veces a la palabra hebrea *tabbaath*, que significa «sello» o «anillo con sello», de la raíz *taba*, «imprimir».

3. Una reminiscencia de Isaías 64:6.

tunada. ¿No tenemos la obligación de tener algún tipo de relación con ellos?» Lo que hace es lanzarnos un desafío. No solamente los acepta, ¡corre a restaurarlos con los brazos abiertos! No solo come con ellos, cuando aceptan su amor, mata el ternero más gordo para celebrar el éxito de su costoso esfuerzo de reconciliación.

El «ternero más gordo» que se mata para el banquete es en realidad «buey de primera». La palabra «gordo» (*sitouton*) proviene del vocablo «grano» (*sitos*). Por tanto, «el ternero más gordo» es un animal alimentado a base de grano, cuya carne es de alta calidad. La carne en el pueblo es un manjar poco corriente. El padre está haciendo una declaración pública de lo contento que está de haber encontrado al hijo que se había perdido y de rescatarlo de la muerte a la vida.

El hijo ahora se enfrenta a la tentación de caer en la falsa humildad. Le sería fácil renunciar a su calidad de hijo, insistiendo en que no es digno de ella, y pedir la condición de siervo. Esto sería insistir en continuar viviendo en su lejano país espiritual. Vence esta última tentación y con una humildad genuina acepta la restauración, a sabiendas de que en absoluto es digno de ella. Todo lo que tiene se debe al amor y la generosidad de su padre.

Con todas las emociones de ese gran día de la reconciliación como trasfondo, ¿qué se puede esperar del pródigo en el futuro? Es fácil suponer que servirá a su padre con un corazón contento y dispuesto. Después de lo ocurrido, no va a servirle por miedo al castigo, ni tampoco trabajará en espera de recompensas. Imaginemos una conversación entre el hijo y algún extraño en el campo. Mientras el hijo trabaja mucho más de lo que es su deber, alguien le pregunta: «¿Por qué intentas impresionar a tu padre? ¿Qué es lo que quieres ahora de él?» Él responde airado «¡Parece que no conoces mi historia! ¡Si la hubieras oído, no hablarías así!» En esta parábola podemos ver implícita la actitud y la motivación correcta para el servicio cristiano. El miedo al castigo y el deseo de recompensas son motivos que no tienen cabida en el corazón de un hijo que ha sido reconciliado con su padre gracias a que este ha derramado todo su amor.

Algunas versiones modernas traducen las palabras del padre de esta manera: «porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». La expresión «volver a la vida»

no es esencial para la traducción.⁴ Desde luego, el padre se refiere sobre todo a la reciente reconciliación. Sin embargo, las palabras que emplea nos permiten suponer que el padre también se está refiriendo a su hijo tiempo antes de que dejara el hogar. De hecho, el hijo estaba perdido y muerto, en lo que a la relación con el padre se refiere, desde el principio de su alejamiento. Ahora, por vez primera es encontrado y devuelto a la vida. Si no hubiera estado «perdido y muerto» desde el principio, jamás hubiera sido tan cruel como para pedir su parte, venderla y dejar el hogar. El hijo mayor sigue «perdido y muerto». El padre también va a tener que sufrir por él. Ahora que el hijo menor está en casa, detengámonos a resumir su «proceso del peregrino». Detectamos una serie de pasos específicos. Por supuesto, no hay orden que dé una imagen verdadera. Muchas de estas cosas ocurren a la vez. Pero sí podemos distinguir los siguientes movimientos:

El sendero del peregrinaje del pródigo

1. Durante la ausencia del pródigo, el padre sigue sufriendo la agonia del rechazo a su amor.
2. Al hijo se le terminan los recursos y decide regresar a la casa de su padre para formarse y trabajar de jornalero.
3. Empieza a regresar con la esperanza de salvarse a sí mismo.
4. El padre demuestra un amor inesperado y se vacía en humillación.
5. Destrozado, el hijo se rinde totalmente a él y no ofrece ninguna alternativa a la continuidad de su relación.
6. El hijo confiesa su indignidad personal.
7. El padre ofrece la reconciliación y el rango de hijo.

4. La palabra original traducida como «volver a la vida» es *ezenen*, que también sale en el v. 32. Pero en este, el v. 24, lleva el prefijo *ana*. Es posible que la connotación sea la de «volver a», pero en Romanos 7:9 y en todos los demás sitios se pierde el énfasis en este «volver a» y la palabra se convierte en un sinónimo de *zao*. En los casi dos mil años de traducciones siríacas y árabes de este texto, las palabras «volver a» nunca han aparecido.

8. El hijo acepta la oferta de su padre con una humildad genuina, a sabiendas de que se trata de un don, de pura gracia.

9. El hijo acepta (suponemos) la responsabilidad adquirida como hijo con una nueva actitud. Ahora conoce y acepta el amor de su padre y puede corresponderle. El servicio ya no es ahora una manera de ganar más, sino una oportunidad aceptada de buen grado para expresar el amor y la gratitud.

10. Entra en la familia y acepta amar a su odioso hermano y vivir con él.

Esta es la coyuntura en que el capítulo alcanza majestuosamente el clímax que le faltaba.



CAPÍTULO 5

Ж

El clímax que faltaba

En la parte inferior del dibujo se repite el equivalente a «Mira, Yo» en árabe, convirtiéndose a la vez en un marco exterior que abarca al resto de la frase. Todo lo que este hijo mayor dice y hace queda dentro del gran *Yo*.

Su padre se queda en el patio implorándole que rompa las gruesas líneas del gran *Yo*. ¿Lo consigue? Nos falta el clímax de la historia.

قَطْرًا
وَلَمْ
تُعْطِنِي
نَدْمًا
مِنْكَ

Me has dado nada,
y tú nunca
Te he servido,

El clímax que faltaba

LUCAS 15:25-32

Ж

*Mientras tanto, el hijo mayor estaba en el campo. Al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música del baile.
(Versículo 25)*

Es obvio que se trata de una familia razonablemente acomodada. Tienen propiedades, ya que hay una herencia a repartir. Cuentan con un ternero «muy gordo» que han ido cebando en previsión de que algún importante evento exigiera un gran banquete. Su casa es lo suficientemente grande como para acoger al montón de personas que se lo va a comer. Además, tienen esclavos, contratan artesanos, disponen de ropa de fiesta y de cabras para las comidas. Todo esto significa que el hijo mayor no ha estado trabajando personalmente en el campo. Ningún hacendado con siervos se pondría jamás a trabajar con sus manos, ni tampoco sus hijos. El hijo mayor debe de haber estado sentado respetablemente en algún lugar a la sombra, supervisando a los trabajadores. La jornada se ha terminado y está de regreso a casa.

La palabra *mayor* en griego (*presbyteros*) es la misma que se emplea como título de los ancianos del pueblo, mencionada normalmente en relación con los escribas. Está claro a quién representa este hijo.

Al acercarse a la casa, oye la música y el baile. La palabra *música* (*symphonias*) puede referirse a un grupo o a un solo instrumento. Lo más probable es que hubieran dos o tres instrumentos, incluyendo un

tambor y algún tipo de instrumento de cuerda. El hijo mayor tenía que haber oído el tambor desde lejos y el ritmo le hubiera advertido que se trataba de algún tipo de celebración alegre. El *baile (choron)* probablemente se refiera a un grupo de músicos y bailarines. La palabra también tiene el posible significado de un «baile circular». Una de las danzas más antiguas del mundo es la danza circular de bastones de los campesinos de Oriente Próximo. Es sencilla y tiene gracia. Casi todo el mundo la conoce. Se usa la misma palabra con referencia al «baile» en la versión griega del Antiguo Testamento, en el Salmo 149:3 («que alaben su nombre con danzas») y en el Salmo 150:4 («Alábenlo con panderos y danzas»). David también danzó ante el Señor, aunque se utiliza otra palabra, cuando el arca sagrada llegó a Jerusalén (2 Samuel 6:14).

La confusión y el entusiasmo van de la mano en la vida del pueblo. El orden molesta, ¡pero es que no hay orden! La escena es fácil de visualizar. Han llegado los invitados principales, puesto que la música y el baile han empezado ya. Se junta un montón de gente, hay risas y palmas al ritmo del tambor. Las puertas y ventanas están totalmente abiertas y todo el mundo se lo está pasando en grande. De cuando en cuando una mujer lanza un estridente «grito de alegría» que intensifica la emoción del momento. Un grupo de chiquillos corre por el patio de la casa. No son lo bastante mayores como para unirse al banquete, pero pueden disfrutar de la música y de la fiesta desde el exterior.

Al irse acercando a la casa y oír la música, la reacción natural del hermano mayor debería ser de placer, anticipando una velada agradable con la gente importante del pueblo. Uno espera que entre en la casa sin ningún tipo de problema. ¡Dentro de la casa, el padre ya le dirá a qué viene el banquete! Sin embargo, se queda afuera.

Entonces llamó a uno de los siervos y le preguntó qué pasaba. (Versículo 26)

La palabra traducida como *siervo (pais)* en la NVI podría traducirse como «hijo», «muchacho» o «siervo». Está claro que «hijo» no encaja. Se trata de escoger entre «muchacho» y «siervo».

Pais se refiere a «muchacho» en toda una serie de textos del Nuevo Testamento. Herodes mata a todos los niños (*paidas*) de Belén (Mateo 2:16). Jesús saca un demonio a un muchacho (*pais*, Mateo

17:18). Jesús era un niño (*pais*) cuando se presentó en el templo a la edad de doce años (Lucas 2:43). «Siervo» también es posible,¹ pero no probable, ya que los siervos debían estar todos ocupados con la comida dentro de la casa. Sin embargo, el grupo de muchachos mencionados estaría corriendo por el patio. Por eso el hijo mayor se acerca de manera natural a uno de ellos.²

Estos jovencitos forman parte del gentío que se temía el hijo mayor al irse acercando a casa. Cuando no hay clubes infantiles, ni programa escolar ni deporte organizado, esas pandillas se apuntan a cualquier evento especial que haya. Si encima es un evento dramático, como el que han presenciado, que culmina en un banquete, seguro que no se lo pierden. No han sido invitados al banquete en sí, pero se quedarán correteando por el patio, se unirán a las risas y quizás lleven el ritmo del tambor y ejecuten sus propias danzas. Contarán con entusiasmo a todo el que llega lo que han oído por el camino. Se convierten en un conglomerado de joven humanidad que forma parte de la vida del pueblo ahí donde haya entusiasmo. Cuando el hijo mayor se acerca a la casa, lo natural sería llamar a uno de los muchachitos y preguntarle qué pasa. Es interesante que las versiones árabes de la Biblia durante siglos hayan traducido siempre esta palabra como «muchacho» en lugar de «siervo».

Ha llegado tu hermano —le respondió—, y tu papá ha matado el ternero más gordo porque ha recobrado a su hijo sano y salvo. (Versículo 27)

Este jovencito es el «coro griego» de la obra. Cuenta al público lo que realmente ocurre. Las partes esenciales de su texto se dan con brevedad. El niño no ofrece una opinión personal, representa lo que el pueblo cuenta para la ocasión. Se refiere al padre como «tu papá». Si se hubiera tratado de un siervo, hubiera dicho «mi patrón».

Las palabras del muchacho están cargadas de significado. Le dice al hijo mayor que el padre ha recibido a un pecador y se está sentando a comer con él. Justamente es esta la queja de los fariseos contra Jesús

1. Mt 8:6, 8, 13; 12:18; 14:2; Lc 1:54, 69; 7:7; Hch 4:25. Pero Lucas usa la palabra *doulos* para «siervo» veintisiete veces. Además, la palabra *doulos* es la que más suele utilizar para referirse a un siervo.

2. En la obra, he convertido a este chico en un siervo por razones teatrales, no exegéticas.

(Lucas 15:2). Llegados a este punto del relato, queda totalmente claro que la figura del padre se ha convertido en un símbolo del mismo Jesús. Pero todavía hay más.

El chico no dice «tu hermano ha vuelto». «Volver» es una palabra muy importante en la Biblia. En Isaías, con referencia a la persona malvada, Dios dice «que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar y de él recibirá misericordia» (Isaías 55:7). De hecho, en hebreo, la palabra «volver» y la palabra «arrepentirse» son la misma (*shub*).

Aquí, en la parábola, el muchacho dice al hermano mayor «tu hermano ha *hekei*». En griego, *heko* puede significar «ha llegado» y también puede significar «está aquí». No hay indicio de que el pródigo haya hecho un viaje de arrepentimiento y retorno. Sencillamente, ha aparecido y entonces han empezado a pasar cosas.

Además, el padre ha recibido al pródigo *hygiaino*. Como palabra griega, usada en la cultura griega, *hygiaino* tiene que ver con la buena salud; de ahí deriva nuestro término *higiene*. Pero en todos los casos en que se utiliza en el Antiguo Testamento griego es para traducir la palabra hebrea *shalom* (paz). Cuando un judío de habla griega oía la palabra *hygiaino*, pensaba en la paz. *Shalom* implica buena salud, pero también significa «reconciliación». Sin duda que esta palabra estuvo en boca de Jesús cuando contó la historia original. Si al hermano mayor se le hubiera dicho «tu padre ha recibido a tu hermano sano y salvo» (como dice la NVI), el hermano mayor hubiera corrido hacia adentro porque eso significaría que el padre todavía no había decidido qué hacer con el pródigo. El hermano mayor hubiera querido estar presente para insistir en que «pusiera a trabajar al irresponsable de su hermano y que devolviera el dinero ¡antes de entrar en casa!» Pero si el padre ya había recibido al pródigo «en paz», eso significaba que se habían reconciliado y que el hijo mayor ya no tenía nada que hacer. Eso explica la ira explosiva del hermano mayor. ¿Qué hará entonces con esa ira?

«Indignado, el hermano mayor se negó a entrar. Así que su padre salió a suplicarle que lo hiciera.» (Versículo 28)

Todo lo que queda en la casa, legalmente, es propiedad del hijo mayor. Aunque el padre siga gozando de autoridad, la riqueza que le

queda le está prometida al hijo mayor. Cuando el padre muera, el hijo mayor obtendrá el derecho a disponer de ella. El padre puede sacar provecho de sus posesiones en usufructo si lo considera conveniente. Pero, si no lo hace, estas se añaden al capital que el hijo mayor un día heredará. El padre tiene todo el derecho del mundo a organizar un suntuoso banquete y el hijo mayor no tiene nada que decir. Pero no le hace gracia que se gasten las ganancias de su patrimonio, que de otra manera se sumarían a su capital. Ese capital un día iba a ser suyo.

Pero hay algo más. En un banquete como este, el padre se sienta con los invitados. El hijo mayor suele quedarse de pie y servir la comida como «jefe de los camareros». La importante diferencia que hay entre él y los demás camareros es que puede participar en la conversación de los comensales. Al colocar al hijo mayor de jefe entre los camareros, es como si la familia dijera: «Ustedes, nuestros invitados, son tan importantes que nuestro hijo es su siervo». Pero, ¿está dispuesto a servir a su hermano?

El hijo menor se ha visto restaurado por una costosa gracia que viola el honor tradicional del pueblo. Es fácil que el hijo mayor sienta que el padre ha deshonrado a la familia a los ojos de la comunidad. La reconciliación y la restauración sin previo pago de penalización por parte del convicto es algo que le cuesta demasiado entender y aceptar. Para cierto tipo de personas, la gracia no es solamente asombrosa, también es exasperante.³

La respuesta del hijo mayor tiene un significado crucial. Se niega a entrar en la sala del banquete cuando los invitados ya están ahí. En cualquier situación social, haya banquete o no, los miembros masculinos de la familia deben acercarse a dar la mano a los invitados, aunque no se queden durante la visita. No pueden mantenerse alejados si se encuentran en las proximidades de la casa. No cumplir con tal cortesía es un insulto personal a los invitados y al padre, como huésped. El hijo mayor lo sabe y, por lo tanto, su acción es un insulto público e intencionado a su padre.

Ocurre algo similar en el relato de Ester. El rey Asuero convoca a la reina Vasti al banquete, ella se niega y el resultado es horrible. Se nos dice que «esto contrarió mucho al rey y se enfureció». Los sabios

3. La misma irritación aparece en la parábola del generoso propietario de una viña en Mateo 20:1-16.

del reino llegan rápidamente a la conclusión de que su acción es una amenaza y es destituida con premura (Ester 1). En el banquete que nos concierne, estamos seguros de que el padre va a enfurecerse de manera similar.

La negativa del hijo a entrar llega inmediatamente al padre y se propaga entre todos los invitados. Nada es secreto en un pueblo. Se trata de una clara ruptura de relaciones entre el hijo y su padre. La situación es muy seria, ya que todo ello tiene lugar públicamente durante un banquete. El hecho de que sea en público confiere a esta rebelión del hijo mayor todavía más gravedad que a la previa rebelión del pródigo. Todos los asistentes al banquete quedan en tensión, a la espera de la reacción del padre. Dan por sentado que el hijo mayor será castigado inmediatamente o ignorado hasta que los invitados se vayan, para entonces ser tratado con severidad.

Por segunda vez en un mismo día, la respuesta del padre es increíble. Una vez más demuestra que está dispuesto a soportar la vergüenza y a vaciarse de amor para obtener la reconciliación. La parábola declara de forma breve y sucinta: «su padre salió a suplicarle que lo hiciera». Es casi imposible transmitir la conmoción que debió de causar por todo el salón del banquete cuando el padre abandonó a sus invitados de forma deliberada, humillándose ante todos ellos, y salió al patio a intentar reconciliarse con su hijo mayor.

El padre ama a sus dos hijos indiscriminadamente. Se da a ambos de igual manera al margen de sus acciones. Se vacía a sí mismo de amor sacrificado, visible y dramáticamente, en un mismo día y de manera similar ante dos hijos con distintas necesidades.

Sale a *suplicar*, no a castigar ni condenar. La palabra griega usada para «suplicar» es *kaleo*. A esta palabra se le pueden dar muchos matices de significado por medio de prefijos. Por ejemplo:

eng-kaleo: «suplicar en contra» o «acusar»

eis-kaleo: «llamar» o «invitar»

epi-kaleo: «llamar por el nombre»

pro-kaleo: «provocar» o «desafiar»

pros-kaleo: «citar» o «hacer venir» como el oficial que cita a su inferior o el maestro al siervo

syng-kaleo: «reunir»

para-kaleo: «apelar», «suplicar» o «intentar reconciliar»

Lucas conoce bien esta familia de palabras y se vale de ella más que ningún otro autor del Nuevo Testamento. En el versículo 26, el hijo mayor «hace venir» (*pros-kaleo*) a un muchacho para pedirle información. Aquí, en el versículo 28 esperamos que el padre «haga venir» (*pros-kaleo*) de igual manera a su hijo mayor, para pedirle explicaciones por su descortesía en público. O quizás lo «desafíe» (*pro-kaleo*) o incluso lo «acuse» (*eng-kaleo*). En cambio, en contraste directo con el hijo que cita a un inferior para pedirle explicaciones, el padre sale a «suplicar» (*para-kaleo*), a «apelar», a «intentar reconciliarse». Robertson, en su monumental gramática, nos da la clave a los dos prefijos aquí utilizados con una misma palabra. Dice que *para* simplemente significa «al lado» o «a lo largo» (nuestro *paralelo*) y *pros* sugiere «estar cara a cara». ⁴ Así que el hijo «hace venir» al muchacho y que se ponga ante él como lo haría un inferior. Pero el padre intenta «suplicar» a su hijo. Le pide que «se quede a su lado», que mire el mundo desde la perspectiva de su padre. Pablo vuelve a usar esta misma palabra en 2 Corintios 5:20: «En nombre de Cristo les rogamus (*para-kaleo*) que se reconcilien con Dios». Asombrosamente, este mismo tipo de ruego es la vía por la que opta el padre frente a su hijo enfadado y rebelde.

El rechazo a su amor por parte de su hijo mayor provoca en el padre una agonía mucho más profunda, ya que se trata de un insulto en público. Ese mismo día, más temprano, también había pagado el precio de vaciarse de amor para que el hijo pródigo se reconciliara con él. Ahora debe pagar el mismo precio para intentar ganarse al hijo mayor. El padre tiene que acudir a su hijo en humillación si le quiere. Si se contenta con un siervo, el sufrimiento de vaciarse es innecesario. Puede arrastrar al hijo mayor hacia dentro, atarlo y castigarlo más tarde. Pero eso causará una amargura todavía mayor y un distanciamiento más acentuado. Si pasa el incidente por alto, está acabado

4. A.T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research* [Gramática del Nuevo Testamento Griego a la luz de la investigación histórica], Broadman, Nashville, 1934, p. 613.

como padre. El siguiente paso del hijo sería si cabe más amenazador para la autoridad del padre. El padre hace lo único que puede abrir la puerta a un arrepentimiento genuino y a una restauración. Paga el precio de la reconciliación. De nuevo se encuentran la encarnación y la expiación.

Pero él le contestó: «¡Fíjate cuántos años te he servido sin desobedecer jamás tus órdenes, y ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos! ¡Pero ahora llega ese hijo tuyo, que ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas, y tú mandas matar en su honor el ternero más gordo!» (Versículos 29-30)

El hijo mayor se condena claramente con sus propias palabras. Todo su ser sale a la palestra con este breve discurso. Se evidencian muchas cosas que exigen atención.

1. El hijo se niega a participar en la reconciliación de su hermano con el pueblo. La mujer, el pastor y el padre, cada uno de manera distinta, hicieron el esfuerzo necesario para recuperar lo que se había perdido. Trabajaron, de hecho sufrieron, para poder encontrar. Pero el hijo mayor no hace tal esfuerzo y no acepta esa responsabilidad.

2. Se rebela contra su padre. En este discurso insulta a su padre por segunda vez en una tarde, ya que omite el tratamiento debido. La locución «Oh padre» es una muestra esencial de respeto. El hijo mayor escoge ser maleducado. El hijo menor era rebelde y lo sabía. Su hermano es un rebelde y no lo sabe. Responde: «sin desobedecer jamás tus órdenes».

3. Ha quebrantado una relación, no una ley. Cumple la ley al pie de la letra, tal y como afirma con orgullo. Como hizo su hermano, ahora él rompe el corazón de su padre.

4. Acusa a su padre de favoritismo, diciendo que «ni un cabrito me has dado para celebrar una fiesta con mis amigos». Es decir, a él le das un ternero y a mí ¡ni siquiera un cabrito!

5. Se ve a sí mismo fuera de la familia. ¡Está claro que su padre y su hermano no están entre esos amigos con quienes desea pasárselo bien!

6. Se niega a estar asociado con el padre. Su petición tiene el mismo tono que la petición anterior de su hermano: «¡Quiero lo mío!» Su objetivo parece ser sacarle al padre, no compartir con él. El hijo mayor tiene su parte. Lo que le fastidia es no tener autoridad ilimitada sobre ella.

7. Desprecia a su hermano. Como no está dispuesto a llamarle «hermano mío», se refiere a él como «tu hijo». Además, ofrece un relato inventado de las acciones de su hermano. El hermano mayor acaba de regresar del campo y no sabe nada, sin embargo acusa a su hermano de vivir con prostitutas. Se niega a acoger a su hermano en casa y a reconciliarse con él. Ni se alegrará, ni contribuirá a servir en un banquete donde se siente su hermano.

8. Se ve atrapado en una trampa insospechada. Dice que el hermano menor «ha despilfarrado tu fortuna con prostitutas». Con ello se niega a reconocer que el pródigo podía hacer lo que quisiera con la parte que su padre le había entregado. Al mismo tiempo lloriquea porque él, el hijo mayor, no tiene la plena libertad de hacer lo que quiera con su parte.

9. Entiende la relación con su padre como la del siervo ante su amo. Dice: «Fíjate cuántos años te he servido» y, al igual que lo haría un siervo, empieza a reclamar sus derechos. Él ha trabajado duro y ni siquiera recibe un cabrito, en cambio el perezoso del pródigo ¡recibe el ternero más gordo! ¡Qué injusticia más terrible! Un siervo obedece la ley. Un hijo responde al amor. Su elección es la ley y su preocupación las recompensas.

10. El hijo mayor necesita ser perdonado por el padre y por su hermano. Él cree que son ellos quienes deben disculparse, pero en realidad es él quien necesita su perdón. La resistencia del hijo mayor a reconciliarse con su hermano le fuerza a romper su relación con el padre. Jesús se refiere a esto mismo en el Padrenuestro. En esta parábola sale a la luz la razón que hay detrás. El hombre que no puede convivir con su hermano, obviamente no puede convivir con el resto de la familia; es decir, la armonía con el padre es imposible. Las similitudes entre los dos hermanos se multiplican.

11. Falsifica el sentido del banquete. El muchacho le dice que el banquete es para celebrar que el padre ha conseguido crear *shalom*.

El hijo mayor grita: «mandas matar en su honor al ternero más gordo». El banquete es en honor del padre, no del hermano. El hijo mayor no está dispuesto a entenderlo.

12. Le consumen la envidia, el orgullo, la amargura, el sarcasmo, la ira, el resentimiento, el egoísmo, el odio, la tacañería, la satisfacción propia y el autoengaño. Aun así, parece considerar sus acciones como una búsqueda virtuosa del honor.

Este diálogo, al igual que el previo intercambio con el pródigo en el camino, no tiene lugar en privado. Cuando el padre está saliendo, unos cuantos criados, algunos de los invitados menores y un montón de personas sin identificar salen a la par. Todos ellos, junto a la inevitable pandilla de muchachitos, se quedan escuchando en círculo. Tengo la clara impresión de que el hijo mayor está actuando para la tribuna. Sabe que sus palabras serán repetidas al dedillo por todos los hogares. Quiere dejar bien clara su postura ¡y lo consigue!

Hijo mío –le dijo su padre–, tú siempre has estado conmigo, y todo lo que tengo es tuyo. Pero teníamos que hacer fiesta y alegrarnos, porque este hermano tuyo estaba muerto, pero ahora ha vuelto a la vida; se había perdido, pero ya lo hemos encontrado. (Versículos 31-32)

Si el padre es un patriarca oriental, gritará: «¡Ya basta! ¡Encerradle! ¡Más tarde me ocuparé de él!» En cambio, este padre pasa por alto la omisión del tratamiento de respeto y no tiene en cuenta ni la amargura, ni la arrogancia, ni la distorsión de los hechos ni la acusación de favoritismo. No hay juicio, no hay crítica y no hay rechazo. Empieza su respuesta con *teknon*, que no es la palabra corriente para «hijo» (*huios*). *Huios* se usa para hijo en los versículos 11, 13, 19, 21, 24, 25 y 30. La nueva palabra (*teknon*) introducida aquí es un término especial para «hijo» que indica amor y afecto. Es la palabra que usa María cuando encuentran a Jesús en el templo y dice: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?» (Lucas 2:48). El padre no utilizó ese título especialmente afectivo cuando dijo a los siervos que vistieran al hijo menor, pero sí lo usa aquí. Podría traducirse como «¡mi querido hijo!» Con mucha dulzura, tan solo corrige un punto del discurso del hijo, recordándole que el pródigo es «tu hermano». El resto de sus palabras son una apología del gozo.

El pastor no sintió la necesidad de explicar a sus vecinos el porqué de su alegría tras haber encontrado la oveja. A la mujer no le costó convencer a sus amigas de que se alegraran con ella por haber encontrado la moneda. Sin embargo ¡el padre se ve forzado a hacerlo! ¡Qué triste y poco natural se nos antoja la queja de los fariseos en el versículo 1 en este gran relato!

La parábola del hijo pródigo no está terminada. Jesús deja el relato en el aire. Toda la trilogía llega a su punto culminante en el patio. En la sala del banquete, los invitados esperan en tensión a ver si el hijo abandonará su rebeldía y entrará en la casa con humildad. Pero nos falta el final. Queda claro que se omite a propósito. La razón de Jesús para omitirlo es obvia, ya que se está dirigiendo a un grupo de pecadores religiosos que se oponen a su mensaje. Todavía tienen una oportunidad de reconciliarse con el Padre, presente entre ellos en la persona de Jesús. Con el corazón endurecido, también pueden rechazar su amor y aumentar su sufrimiento. En la historia real, el relato se desarrolla así: «entonces el hijo mayor, con gran ira, tomó su vara y golpeó a su padre». ¿No es este el final de la historia de la cruz?⁵ Pero todavía queda otra opción.

Llegados a este punto del relato, Jesús está sobre el escenario en el papel del padre. Los fariseos están sobre el escenario en el papel del hijo mayor. Jesús les está diciendo: «esta es mi explicación del por qué me siento y como con los pecadores. ¿Qué van a hacer ahora conmigo?» Todo lector u oyente se ve forzado a reflexionar sobre esa misma pregunta.

Una parábola no es una manera de lanzar una idea. No se trata de un cartucho del que te puedes deshacer una vez disparada la bala. Una parábola es una casa donde se invita al lector o al oyente a residir. Se nos invita a mirar el mundo desde el punto de vista del relato. Toda «casa» tiene distintas ventanas y habitaciones. Por eso, la parábola tiene una idea primaria con otras secundarias encajadas en ella. Puede que tenga un agregado de temas teológicos que se sostienen gracias al propio relato. Naturalmente, el intérprete tan solo debe buscar

5. Dando por sentado que en los evangelios sinópticos los fariseos no participan en el evento de la cruz. Los responsables son las autoridades del templo con la cooperación de Pilatos. Todo y con eso, los fariseos le infligen el dolor del rechazo, oponiéndose a su persona y su mensaje.

esos temas que estaban al alcance del público del primer siglo que escuchaba a Jesús. ¿Qué temas aparecen en este maravilloso «evangelio dentro del Evangelio» tal y como se lo ha denominado durante siglos?

Nos sentimos casi abochornados por su riqueza, pero yo sugeriría los siguientes:

La parábola de los dos hijos perdidos: el enjambre teológico.

Pecado. La parábola exhibe dos tipos de pecado. Uno es el pecado de quien se salta las leyes y el otro es el pecado de quien las guarda. Cada uno se centra en una relación rota. Uno rompe esa relación porque no logra cumplir con las expectativas de la familia y la sociedad. El segundo rompe esa relación por cumplir con esas mismas expectativas.

Libertad. Dios otorga a la humanidad la libertad total, es decir, la libertad de rechazar su amor. La humanidad es libre de escoger su propio camino, aunque con ello cause un dolor infinito al corazón amoroso de Dios.

Arrepentimiento. Dos tipos de arrepentimiento quedan dramáticamente reflejados: (1) ganarse la aceptación como siervo/trabajador, (2) aceptar el costoso don de ser encontrado como hijo/hija.

Gracia. La gracia es la oferta de amor gratuito que busca y sufre para poder salvar.

Gozo. Para el padre, el gozo es encontrar. Para el hijo, el gozo es ser encontrado y restituido en la comunidad.

Ejercer de padre. La imagen de Dios como padre compasivo cobra aquí la mejor representación de todas las Escrituras. Se define como un dispendio de amor a quienes se saltan la ley y a quienes la guardan.

Ejercer de hijo. Cada hijo regresa al padre o bien definiendo su relación con él (el hijo mayor) o bien intentando definirla (el pródigo) como la de los siervos ante su amo. El padre no aceptará tal definición. Él ofrece un dispendio de amor a cada uno de ellos porque se ha propuesto tener unos hijos que respondan al amor, no simples siervos que obedecen sus órdenes.

Cristología. En dos ocasiones, el padre adopta la forma del siervo sufriente, que en cada caso ofrece una costosa demostración de un inesperado amor. La mujer y el pastor hacen algo parecido, pero en menor grado. En cada caso alguien «se vacía a sí mismo». La tercera parábola encarna una relación implícita y directa entre las acciones de Jesús y las acciones del padre, ya que cada uno de ellos acoge a los pecadores y comparte la mesa con ellos. Esta unidad de acción ratifica una unidad de persona.

Familia/Comunidad. El padre ofrece su costoso amor a sus hijos para restituir sus relaciones en el contexto de la familia o la comunidad. La familia es la metáfora de Jesús para la iglesia.

Encarnación y expiación. El padre se vacía a sí mismo y baja a encontrarse con sus hijos ahí donde se hallan (encarnación). En el proceso demuestra un dispendio de amor redentor (expiación). Tratándose de él, estos actos generan un poder de expiación incalculable y dejan claramente expuestos algunos de los niveles más profundos del significado de la cruz y la encarnación.

Eucaristía. Mientras participa en el banquete, el pródigo se sienta y come con el padre, que ha sabido ganárselo vaciándose de amor. De esta manera queda corroborada el alma de la eucaristía. El tono de la eucaristía o banquete es el de una celebración, no el de un funeral. El precio pagado por el pastor, la mujer y el padre no quedan olvidados en los banquetes del final de cada parábola. La atmósfera del banquete es de gozo por haber conseguido recuperar lo que se había perdido.

Escatología. El banquete mesiánico ha empezado. Todos los que aceptemos el dispendio de amor del padre somos bienvenidos como invitados. Compartir la mesa con Jesús es una celebración proléptica del banquete mesiánico del fin de los tiempos. Esta parábola viene

precedida de la parábola del gran banquete de Lucas 14:15-24. El evangelio de Lucas cuenta al lector en dicha parábola que «comer en el banquete del Reino de Dios» finalmente significa aceptar compartir mesa con Jesús. Este mismo tema queda patente también en esta parábola.⁶

Ж

6. Revisado por Kenneth E. Bailey, *Jacob and the Prodigal* [Jacob y el Pródigo], InterVarsity Press, Downers Grove, IL, 2003, pp. 115-17.

Bibliografía en castellano

- Bornkamm, Gunther, *Jesús de Nazaret*, Biblioteca de estudios bíblicos, 13, Sígueme, Salamanca, España, 1975.
- Dodd, C. H., *El fundador del cristianismo*, Herder, Barcelona, 1977.
- , *Las parábolas del reino*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1974.
- Donahue, John R., *El evangelio como parábola: metáfora, narrativa y teología en los evangelios sinópticos*, Mensajero, Bilbao, 1997.
- Flusser, David, *Jesús en sus palabras y en su tiempo*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.
- Jeremias, Joachim, *Jerusalén en tiempos de Jesús: estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Ediciones Cristiandad, Madrid, España, 2000.
- , *Las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella, Navarra, 2003.
- Nouwen, Henri Josef Machiel, *El regreso del hijo pródigo: meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, PPC, Madrid, 1999.
- Pascha, R. S., *A fuego y espada en el Sudán*, Bruno del Amo, Madrid, 1930.
- Strack, Hermann Leberecht, Miguel Pérez Fernández, y Gunter Stemberger, *Introducción a la literatura Talmúdica y Midrásica*, Editorial Verbo Divino, Biblioteca midrásica, 3, Estella, Navarra, 1996.

Wright, N.T., *El desafío de Jesús*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2003.

———, *La resurrección del hijo de Dios: los orígenes cristianos y la cuestión de Dios*, Editorial Verbo Divino, Estella, Navarra, 2008.

Bibliografía en inglés

Obras Citadas

Arndt, William F., and F. Wilbur Gingrich. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*. Chicago: University of Chicago Press, 1957.

Ayrout, Henry Habib. *The Fellaheen*. Translated by Hilary Wayment. Rev. ed. Cairo: R. Schindler, 1945.

Bailey, Kenneth E. *Jacob and the Prodigal: How Jesus Retold Israel's Story*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2003.

———. *Poet and Peasant and Through Peasant Eyes*. Grand Rapids: Eerdmans, 1980.

The Bible in Aramaic. Edited by Alexander Sperber. Vol. 1, *The Pentateuch According to Targum Onkelos*. Leiden: Brill, 1959.

Bishop, Eric F.F. *Jesus of Palestine: The Local Background to the Gospel Documents*. London: Lutterworth, 1955.

Donahue, John R. «Tax Collector.» En *Anchor Bible Dictionary*. Vol. 6. Edited by David Noel Freedman. New York: Doubleday, 1992.

Forsyth, P.T. *God the Holy Father*. Naperville, Ill.: Allenson, 1957.

Jeremias, Joachim. *Jerusalem in the Time of Jesus*. Philadelphia: Fortress, 1967.

———. *The Parables of Jesus*. New York: Scribner's, 1963.

- Moulton, James Hope, and George Milligan. *The Vocabulary of the Greek Testament Illustrated from the Papyri and Other Non-literary Sources*. Grand Rapids: Eerdmans, 1963.
- Robinson, A.T. *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*. 4th ed. Nashville: Broadman, 1934.
- Salatin, Rudolf Carl von. *Fire and Sword in the Sudan 1879-1895*. London: Edward Arnold, 1907.
- Trench, R.C. *Notes on the Parables of Our Lord*. London: John W. Parker, 1857.

Bibliografía recomendada para un estudio más amplio

- Bailey, Kenneth E. *Finding the Lost: Cultural Keys to Luke 15*. St. Louis: Concordia, 1992.
- Blomberg, Craig L. *Interpreting the Parables*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1990.
- Black, Matthew. *An Aramaic Approach to the Gospels and Acts*. Oxford: Clarendon Press, 1967.
- Bornkamm, Günther. *Jesus of Nazareth*. New York: Harper & Row, 1960.
- Dalman, Gustaf. *Arbeit und Sitte in Palastina*. 7 vols. Gutersloh: C. Bertelsmann, 1927.
- . *Jesus-Jeshua: Studies in the Gospels*. New York: Ktav, 1971.

- . *The Words of Jesus: Considered in the Light of Post-Biblical Jewish Writings and the Aramaic Language*. Edinburgh: T & T Clark, 1902.
- Derrett, J. Duncan M. *Jesus's Audience: The Social and Psychological Environment in Which He Worked*. New York: Seabury Press, 1973.
- . *Law in the New Testament*. London: Darton, Longman & Todd, 1970.
- Dodd, C.H. *The Founder of Christianity*. New York: Macmillan, 1970.
- . *The Parables of the Kingdom*. Rev. ed. New York: Scribner's Sons, 1961.
- Donahue, John R. *The Gospel in Parable*. Philadelphia: Fortress, 1988.
- Edersheim, Alfred. *Sketches of Jewish Social Life in the Days of Christ*. Grand Rapids: Eerdmans, 1974.
- Flusser, David. *Jesus*. Jerusalem: Magnes Press, 1997.
- Hultgren, Arland J. *The Parables of Jesus*. Grand Rapids: Eerdmans, 2000.
- Johnston, Robert M. *Parabolic Interpretations Attributed to Tannaim*. 2 vols. Ph.D. diss., Hartford Seminary Foundation, 1977. Available from UMI Dissertation Services.
- Lachs, Samuel T. *A Rabbinic Commentary on the New Testament: The Gospels of Matthew, Mark and Luke*. Hoboken: Ktav, 1987.
- Lightfoot, John. *A Commentary on the New Testament from the Talmud and Hebraica*. 4 vols. Grand Rapids: Baker, 1959.

- Manson, T.W. *The Teaching of Jesus: Studies of its Form and Content*. Cambridge: Cambridge University Press, 1955.
- . *The Sayings of Jesus: As Recorded in the Gospels According to St. Matthew and St. Luke Arranged with Introduction and Commentary*. London: SCM Press, 1964.
- Mishnah, The*. Translated by Herbert Danby. Oxford: Oxford University Press, 1980.
- Moore, George Foot. *Judaism in the First Centuries of the Christian Era*. 2 vols. New York: Schocken, 1971.
- Nouwen, Henri J.M. *The Return of the Prodigal Son*. New York: Doubleday, 1994.
- Oesterley, W.O.E. *The Gospel Parables in the Light of their Jewish Background*. London: SPCK, 1936.
- Riesenfeld, Harald. *The Gospel Tradition*. Philadelphia: Fortress, 1970.
- Rihbany, Abraham M. *The Syrian Christ*. Boston: Houghton Mifflin, 1916.
- Safrai, S., and M. Stern, eds. *The Jewish People in the First Century: Historical Geography, Political History, Social, Cultural and Religious Life and Institutions*. 2 vols. Philadelphia: Fortress, 1974, 1976.
- Scherer, George H. *The Eastern Colour of the Bible*. London: National Sunday School Union, n.d.
- Strack, H. and Billerbeck, P. *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrash*. 6 vols. Munich: C. H. Beck, 1922-1961.
- Wenham, David. *The Parables of Jesus: Pictures of Revolution*. London: Hodder & Stoughton, 1989.

Wright, N.T. *The Challenge of Jesus: Rediscovering Who Jesus Was and Is*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1999.

———. *Jesus and the Victory of God: Christian Origins and the Question of God*. Vol. 2. Minneapolis: Fortress Press, 1996.

Urbach, Ephraim E. *The Sages: Their Concepts and Beliefs*. 2 vols. Jerusalem: Magnes Press, 1987.

Ж